

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 14 de Agosto de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 33

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: Crónica, por J. G. M.—¡Qué bueno es Dios!, por Ramón de Campoamor.—Historia de la carabela.—Bum-Bum, por Julio Claretie.—En la montaña, por R. Ferrer y Bigné.—Pedro y Juan, por J. Zahonero.—Locuras, por José Juan Cadenas.—Centenario de Colón, por Malatesta.—La vida en el Japón (continuación), por M. Constant.—¡Acuérdate de mí!, por Javier Luceño.—Nuestras ilustraciones.—Impresos recibidos en esta Redacción.—Advertencias.—Anuncios.

GRABADOS: A través del bosque.—Hombres ilustres de América: Herrera y Obes y Oscar Herdeñana.

FOTOGRAFADOS: ¡Por el amor de Dios!—La siesta.—Monumento sepulcral de Cristóbal Colón para la catedral de la Habana.—La nao Santa María.—Medalla conmemorativa del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

CRÓNICA

¡Deseo recorrer la sección de noticias de la prensa. Para leer dos, de cada tres acontecimientos, hay que tomar una taza de tila ó ponerse gasa de luto en el sombrero.

Ya es un oftálmico que, desesperado de curar una enfermedad crónica, «pone fin á sus días» arrojándose por un balcón á la calle y, al paso, rompe la columna vertebral á un infeliz pescadero que estaba pregonando merluza fresca y escabeche en salsa, bien ajeno de lo que se le venía encima.

Otro suicida, que en el mes de Julio del año pasado intentó hacer mondongo de su vientre, reincide á los trece meses y se mata al estilo japonés, como fué su primer pensamiento.

En Triana (Sevilla) un muchacho de quince años ha matado á un hombre de cincuenta y dos y herido gravemente á dos niños.

Una mujer, en Granada, da á su marido unos polvos milagrosos, tan milagrosos que le abren las puertas del cielo, y ella se queda viuda, que es lo que andaba buscando.

Y esta relación no tendría término si fuera á enumerar todas las bestialidades que ocurren á diario en un país que se dice civilizado y alardea de sentimientos religiosos.

¿No les parece á Uds. que pasemos á cosas más agradables?

El lunes último visitó el Sr. Cánovas del Castillo los nuevos salones del Museo del Prado, destinados á la escultura.

Su Director, el Sr. Madrazo (D. Federico), que ha sido el encargado de colocar todas las obras de arte, empresa en la que ha desplegado su verdadero talento artístico, recibió y acompañó al Sr. Cánovas en su detenida visita, que duró cerca de dos horas.

Cuantos artistas y admiradores de lo bello visiten los nuevos salones, no podrán menos de mostrarse reconocidos al Sr. Madrazo por el trabajo asiduo é inteligencia empleados en la clasificación y colocación de las obras, y al señor Cánovas por haber sido el iniciador y el que ha impulsado los nuevos trabajos, merced á los cuales ha logrado que puedan ser vistas y estudiadas bellezas que, por su mala colocación y peores condiciones del local, eran desconocidas para muchos, así como haciendo construir la

verja que da á los Jerónimos y llevando á cabo los desmontes que oprimían el hermoso edificio, ha completado el gran proyecto de Villanueva.

A la iniciativa del Sr. Cánovas se deben también la hermosa y espaciosa escalinata de la fachada que da á la calle de Felipe IV y los trabajos de las salas de escultura y de la de pintura de Doña Isabel II, cuyas obras, paralizadas desde la muerte del malogrado Monarca D. Alfonso XII, han sido por él activadas, salvando

visitar hoy los salones comprenderán cuánto la historia del arte debe al Sr. Cánovas y cuánto ha trabajado el Sr. Madrazo.

Aunque nuestro Museo de escultura no es muy numeroso en ejemplares, esto no obstante son tan escogidos, que puede figurar su colección como una de las más notables de Europa.

A los nuevos salones se les ha dado buenas luces, que permiten ver bien los objetos, ocupando los huecos de las ventanas los mosaicos, mármoles, bajo relieves, etc.

Entrando por la rotonda, ocupa el primer salón el arte y estatuaría del Renacimiento, el segundo la estatuaría griega y romana, y el tercero, que es el más extenso, el arte que podemos llamar contemporáneo.

El origen de nuestro Museo de escultura, como es sabido de los aficionados, lo forman la magnífica colección de mármoles antiguos que creó en Roma la famosa y entusiasta aficionada á las artes la Reina Cristina de Suecia, y la no menos notable colección de Azara.

Al terminar la visita de los salones de escultura, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros subió á las salas de pintura con objeto de visitar la nueva de Doña Isabel II, que resulta verdaderamente regia.

Durante su excursión, la conversación habida entre los Sres. Cánovas y Madrazo (D. Federico) fué un verdadero pugilato de conocimiento y buen gusto artístico, acerca de las escuelas principales de pintura, de sus obras maestras, de los procedimientos empleados, de las artes en Grecia, de los barro famosos de Tanapá, etc.

Al ver en unas urnas de cristal algunos vasos griegos, de los llamados napolitanos, preguntó el Sr. Cánovas que si el Museo no poseía algún ejemplar arcaico, á lo que respondió el Sr. Madrazo que sólo existía uno y varios de gusto antiguo.

Como cuanto se relaciona con nuestro esplendor y bienestar nacional preocupa sobremanera al Sr. Cánovas, manifestó al Sr. Madrazo que esperaba su concurso para llevar á efecto una idea que, en nuestro concepto, tiene verdadera importancia para las artes españolas.

En la Exposición de Bellas Artes que ha de celebrarse en Madrid con motivo de las fiestas del Centenario, el señor Cánovas quiere que figure en uno de sus salones la historia de la pintura española del presente siglo, á cuyo objeto han de exponerse obras de los buenos maestros que aun vivían en el año 1800, y de los que les han sucedido hasta nuestros días.

Gracias á esta idea feliz del Sr. Cánovas, tendremos en dicha Exposición una página viva del arte español en el siglo XIX, pudiendo ver allí sus procedimientos, sus grandezas, desfallecimientos, progresos, influencias extrañas ó vueltas á los recuerdos nacionales.

Un periódico de Badajoz ha tenido la oportuna idea de publicar los nombres de los extremeños que acompañaron á Colón en su primer viaje.

El recuerdo es tanto más oportuno, cuanto es más extraño que hombres que no habían nacido á orillas del mar, hombres de tierra adentro, se resolvieran á hacer aquel peligrosísimo viaje.



¡POR EL AMOR DE DIOS!

de este modo preciosas producciones, que con gran peligro permanecían arrinconadas, sin que pudieran ser vistas y admiradas por el público y los inteligentes.

Como hombre conocedor y amante de lo bello, el Sr. Cánovas visitó detalladamente los nuevos salones, gozando ante los hermosos modelos de estatuaría que en ellos se encierran, especialmente en el salón del arte griego y romano y en el del Renacimiento, prodigando justos elogios al Sr. Madrazo.

Cuantos recuerden el desorden y mal gusto que reinaban en las salas de escultura, en las que al lado de una mediana y dura obra de Piquer se hallaba emplazado uno de esos bustos que hablan y sienten del arte griego, ó uno de esos delicados primores del Renacimiento, al

Hé aquí los nombres:
Diego de la Tordoya, de Cabeza de Buey.
Diego de la Xara y Torpa, de Badajoz.
Juan Morcillo, de Villanueva de la Serena.
Juan Potiño, de ídem.
Juan de la Cueva, de Castuera.
Martín de Logrosán, de Logrosán.
Pedro Corbacho, de Cáceres.
Pedro de Talavera, de Talavera la Real.
¡Gloria á tan ilustres extremeños!

J. G. M.

¡QUÉ BUENO ES DIOS! (1)

POEMA

CANTO PRIMERO

EL ÁNGEL FIDEL

I

La bondad de los cielos es tan clara,
que, con verdad os digo,
que Dios, con su clemencia, es quien separa
los actos de la culpa, del castigo.

II

Hay una cierta historia
que, uniendo lo divino con lo humano,
va viviendo del mundo en la memoria
como flota en el aire lo lejano;
historia apocalíptica que empieza
en el día infeliz en que nacieron
y en que á Dios le pidieron
talento el hombre y la mujer belleza.

III

El rey de la justicia soberana
es de todos los padres el más tierno,
aunque hay necios que piensan que el Eterno
es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
de cuanto hay de más negro en el destino,
el Dios de las estrellas y las flores
con su labio divino
dijo al ángel Fidel:—«Que tu pericia
castigue con razón á los humanos»—
y con sus Santas manos,
el rayo le entregó de la justicia.
Así fué al brazo de Fidel atada
la justicia divina,
lo mismo que la cólera camina
enroscada en el puño de la espada.
Nombrado ya Fidel Cid de la altura,
ministro de la muerte y de la guerra,
por ser tan ambicioso, que en la tierra
llegaría hasta Abad, si fuese cura,
al verse tan honrado
con armas defensivas y ofensivas,
se quedó contagiado
del mal de las virtudes excesivas;
y como ya tenía
un genio con tendencias á lo horrible,
y además no sabía
que todo ser cruel siempre es pequeño,
haciéndose el terrible
vivió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
y aunque no de bondad, de orgullo rico,
más que justo, inclemente,
pensó pasar la vida alegremente
como el gran Federico,
que jamás se aburrió matando gente.

IV

Así quedó con providente celo
la mano de Fidel del rayo armada,
cuando Dios sacó el mundo de la nada,
y lo metió bajo el fanal del cielo.

V

Aquel rayo forjado el primer día
con que nunca extermina, aunque amenaza,
lo ostentaba Fidel con gallardía,
paseando su importante medianía
con la altivez de un español de raza;
y, para honrar la celestial milicia,
pensando en poner cara de asesino,
nunca observó su militar pericia
que la bondad, más bien que la justicia,
es lo humano que toca en lo divino.

VI

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada;
mas juzgando á la tierra consternada
con la muerte de Abel, en el instante
Fidel, de rabia ciego,
sintiendo no tener en el semblante
para que al cielo y á la tierra espante
alguna cicatriz de arma de fuego,
pregunta á Dios:—«¿Mato á ese vil hermano?»—

(1) Del último libro de Campoamor, que hoy anunciamos en la sección correspondiente.

mas Dios, amigo del dolor humano,
con celestial ternura
le responde á Fidel:—«Espera, espera;
hay horas en la vida de locura,
mas la hora de Dios es la postrera.»
Y así el Señor, más justo que terrible,
dejó á Cain de turbaciones lleno,
condenando al malvado á lo insufrible,
inquietud natural del que no es bueno.

VII

Y así fueron pasando
los siglos como sueños de una hora,
Fidel amenazando,
y el Señor perdonando
á todo ser que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
el rígido deber que se hace odioso,
el ángel, cada vez más inclemente,
creyendo, cual si fuese un juez celoso,
que no existe en el mundo un inocente,
viendo su alma feroz, aunque cristiana,
en cierto siglo una moral mal sana,
le preguntó á su Dios: «Señor, ¿qué hacemos?»
y Dios con su clemencia sobrehumana
miró á la tierra y dijo:—«Ya veremos.»—

VIII

Acusando á la misma Providencia
de ser tibia en su celo
por no esperar Fidel en su impaciencia
que ninguno al morir piense en el cielo,
al ver á una mujer, que acabó en santa,
y á muchas que olvidaron sus deberes,
fué su cólera tanta
que le dijo al Señor:—«A esas mujeres
no es posible absolverlas.»—
Mas Dios omnipotente,
con frases que caían dulcemente
como en un vaso de cristal las perlas,
responde con palabras amorosas:
—«Fidel, ten más clemencia
con todo el que ha probado en la existencia
la amargura del dejo de las cosas;
y perdona á la pobre Magdalena
que, si no es pura, es más que pura... es buena.»

IX

Ya odiando la bondad de un Dios agosto
que, sólo perdonando cree que es justo,
murmuraba Fidel frecuentemente:
—«El mundo está perdido»—
por no tener presente
que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido;
y el gran Rey de la altura,
con voz que es una fuente de ternura,
le dice de esta suerte:
—«Deja siempre el castigo para luego,
que el hombre, á veces ciego,
ve mejor á la hora de la muerte.»

X

Sigue Fidel por su excesivo celo
estudiando dulzura en las panteras,
como un inquisidor que cree de veras
que, matando, gana almas para el cielo:
y cual siempre, olvidado
de que Dios odia al mal y no al malvado,
exclama á fuerza de rencor, impío:
—«¡Cuánto crimen, Dios mío!
¿No es hora ya, Señor, de que matem?»—
Dios misericordioso,
sepultando lo justo en lo piadoso,
vuelve á decirle como un rey:—«Veremos.»—
Y Fidel, iracundo,
queriendo exterminar á medio mundo,
haciendo también guerra
á los que cree dichosos en la tierra,
contra todo feliz, á cualquier hora
quiere lanzar el rayo, porque ignora
que si el hombre es dichoso algún momento,
sus días de aflicción no tienen cuento,
¡y que, del globo en el helado infierno,
la dicha es la excepción de un mal eterno!

CANTO SEGUNDO

ATALÍA

I

Y después de pasados
algunos siglos más, un hombre un día
acusaba á Atalía
del mayor y el menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo,
que del amor sólo ama los placeres,
siendo de esas mujeres
que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana,
y el bronceado color de una gitana,
más que uno á uno, en aquel rostro bello
pueden contarse á pares,
como besos del diablo, los lunares
que esmaltan sus mejillas y su cuello.
Mujer de gran talento
que, como todas ellas,
cree que son clavos de oro las estrellas
con que Dios asegura el firmamento.

II

Invocando á los cielos
con la cólera amarga de los celos,
el amante exclamó:—«Dios soberano,
castiga por traidora
á esta falsa mujer que sólo adora
la fácil musa del amor pagano.
Por infiel, por ingrata y descreída,
mata á este ser maldito,
cuyo nombre está escrito
en la crónica negra de mi vida.
Esta infiel por quien peno,
tan mala como bella,
con el aliento de ella
se puede envenenar hasta el veneno.
Que la ira de Dios se una á la mía,
y si al cielo algún día
se atreviese á llamar, cerrad la puerta;
porque sé que Atalía
ha de ser mala hasta después de muerta.»

III

Al escuchar Fidel tan gran lamento,
con aires de un actor de melodrama,
sin dudar un momento
ni encomendarse á Dios—«Espera»—exclama.
Y con su diestra mano
y su instinto de hiena,
lo mismo que un valiente cirujano
á quien nunca espantó la sangre ajena,
vengando tal falsía
se inclina, el rayo toma,
y mirando á la pérfida Atalía
como mira el halcón á la paloma,
á un sol que de la tarde á la caída
ya alumbraba á la Europa de soslayo,
apunta, lo despide, y parte el rayo
cual si fuese una espada retorcida;
y como ésta al brillar, alumbraba y ciega,
mientras al fin de su destino llega,
la atmósfera parece un calabozo,
el cielo un tragaluz, la tierra un pozo,
y perturbado el suelo,
quedó todo lo mismo
que si se hundiera sobre el mundo el cielo,
y el mundo se cayese en un abismo.

IV

En tan breves momentos,
el Dios que ve nacer los pensamientos
echó desde su espléndida morada
por delante del rayo una mirada,
y como de este modo
llenó de efluvios de piedad el todo,
por Dios purificado el rayo luego
empezó á verter luz en vez de fuego,
y siendo un mensajero de venganza,
se convirtió en un rayo de esperanza.

V

Cuando el rayo de muerte
brilló con nitidez fascinadora
como, al tocar las aguas, se convierte
la luz del sol en claridad de aurora,
deslumbrada al fulgor de brillo tanto,
con el rostro de un niño que despierta,
Atalía, de espanto
pidiendo á Dios perdón, se quedó muerta;
y mostrando una cara
más lívida que un mármol de Carrara
cual si fuese una lápida mortuoria,
su espíritu ve al fin que para ella
el rayo es una estrella
que le enseña el camino de la gloria;
y de este modo la mujer amada,
á quien llamó su amante un ser maldito,
por el fuego del rayo iluminada
fué á tomar posesión de lo infinito.

VI

Y cuenta el cronicón de una abadía,
que por su mucho celo
en juzgar á Atalía,
perdió el ángel Fidel desde aquel día
su propia estimación y la del cielo;
y que más adelante,
ángel á veces, y demonio á ratos,
se hizo hipócrita, frío é intolerante,
y acabó en fracmasón de los beatos.

VII

Y cuando ya á Atalía
un borbotón de llamas la rodea,
y la vida futura la atraía
como atrae el abismo que marea,
el pobre amante, de tristeza lleno,
aprendió á perdonar en el Dios bueno;
y subiendo á los cielos Atalía,
«¡qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios!», decía,
y fué á gozar las dichas del Eterno,
en vez de ir, por infiel, como debía,
á enseñar nuevos vicios al infierno.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

HISTORIA DE LA CARABELA

El redactor de la *Agencia Fabra* ha tenido una conversación con el Sr. Fernández Duro á bordo de la *Santa María*, entablando el siguiente diálogo:

—¿Dónde buscaron ustedes antecedentes respecto de la carabela?
—Ante todo, es preciso rectificar este nombre que emplean algunos periódicos. La *Santa María* no era carabela, como la *Pinta* y la *Niña*, sino una nao. Así es que nosotros buscamos un modelo de nao y no de carabela. Uno de los antecedentes que más nos sirvió, fué el cuadro de la catedral de Burgos, donde pudimos apreciar detalles curiosísimos.

—¿Quiere usted tener la bondad de indicarme algunos, prescindiendo de otros ya publicados por la prensa?

—¿Qué desea usted saber?

—Por ejemplo: la vida que se hacía á bordo, pues aquí se echa de menos hasta los muebles más rudimentarios para comodidad de la tripulación. Ni siquiera hay indicios de cocina.

—¿Ve usted ese cajón rectangular lleno de arena? Pues sobre la arena colocaban unos anafres, y con leña primero, y más tarde con carbón vegetal, guisaban.

—¿Y las camas? Aquí no se ven señales de cois ni de cosa parecida.

Los cois vienen á ser una especie de hamaca como las que se usan en América, y mi opinión es que la tomamos de los indios.

—¿Dónde dormía la tripulación?

—Sobre las tablas del puente, quizás sobre un montón de paja...

—¿Y la artillería? ¿Sabe usted que me parecen muy curiosos estos cañones?

—Se llaman falconetes. Estos demuestran que á fines del siglo xv había ya cañones que se cargaban por la recámara, los cuales constituyen el principio, aunque en forma rudimentaria naturalmente, del moderno sistema de Krupp.

—Observo que los proyectiles son balas de piedra.

—Sí, señor; y en esto tuvo el origen la palabra *pedrero*, aplicada más tarde á los cañones que empleaban estos proyectiles.

—¿Sabe usted que la cofa que tiene el palo mayor se parece á las cofas militares de los buques modernos?

—Sí, señor; como que realmente era una cofa militar, desde la cual, durante los combates, se arrojaban proyectiles.

—En la cámara del Comandante no hay más que una cama, que se supone fué como la que debió tener Colón, y me dice usted que va á estar cubierta con una colcha carmesí. ¿Por qué ese color?

—Porque Colón refiere que tenía una colcha roja, que regaló á uno de los caciques en su primer viaje al Nuevo Mundo.

—Según esto, han respetado ustedes todos los detalles.

—Tanto es así, que no hay ninguno que no hayamos tenido en cuenta.

Aprovechando la circunstancia de encontrarse también á bordo de la *Santa María* el tenien-

te de navío Sr. Cardona, individuo de la junta arqueológica constructora de la carabela, el redactor de la *Agencia Fabra* tuvo con él la conversación siguiente:

—¿Ha sido difícil poder llegar á construir las lombardas y falconetes que lleva el barco?

—La mayor dificultad ha consistido en conseguir que los operarios del taller de artillería del Arsenal de la Carraca, acostumbrados á trabajar con toda perfección, fabricasen estas armas de combate, dejando impresas en ellas la tosquedad y rudeza, que por falta de instru-

—Y esto que parece un defecto, ¿lo era en realidad?

—No; porque evitaba el trabajo de poner la pieza en dicha situación al cargarla de nuevo. Indudablemente estaba todo perfectamente calculado.

—Respecto de los falconetes, ¿qué puede usted decirme de nuevo?

—Solamente que así como los proyectiles de las lombardas eran pelotas de piedra, los de los falconetes eran, como llevan los que Ud. ve, un dado de hierro revestido de plomo.

—¿Cómo media Colón el tiempo á bordo?

—Vea Ud. este aparato de madera que se llama la ballestilla y este otro que se llama el astro labio, con los cuales hallaba la meridiana y sabía cuándo era el medio día. Este era el punto de partida; luego un marinero encargado solamente de volver cada media hora un reloj de arena que tardaba este espacio de tiempo en pasar su contenido de uno á otro depósito. A más de este reloj llevaba uno de cuarto de hora y otro de un minuto.

—Aquí no veo sitio para las embarcaciones menores; ¿es que no las llevaban?

—Sí, señor, llevaba dos; una grande, que se llamaba *batel* y que en el extracto del diario de navegación de Colón, después de consignar el aparejo que llevaba la carabela en cada singladura, dice: «y el *batel* por popa.» Es decir, que iba siempre á remolque. Daré á Ud. un detalle más; el *batel* era una especie de corrección para la marinería. Enviábase á él de guardia al marinero que merecía un castigo. La otra embarcación, llamada *chalupa*, iba sobre cubierta.

—¿Qué opinión tiene Ud. de las condiciones marinerías del barco y de su resistencia para largos viajes?

—Declaro terminantemente que su construcción es tan perfecta y sólida, que puede dar la vuelta al mundo.

BUM-BUM

(DE JULES CLARETIE)

El niño estaba tendido en una camita blanca: muy pálido y con los ojos agrandados por la fiebre, miraba delante de él, siempre con la fijeza extraña de los enfermos que ya ven lo que los sanos no ven todavía.

La madre, al lado del lecho, se mordía los dedos para no gritar, siguiendo ansiosa, transida de sufrimiento, los progresos de la enfermedad en la pobre carita adelgazada del pequeño; y el padre, un buen obrero, contenía en sus ojos enrojecidos las lágrimas que le quemaban los párpados.

Amanecía un día claro, sereno; una hermosa mañana de Junio, que penetraba en la estrecha habitación de la calle de las Abadesas, donde se moría Paquito, el hijo de Santiago Legrand y de Magdalena Legrand, su mujer.

Tenía siete años. Era muy rubio, muy encarnado, y tan vivo, tan alegre como un pajarillo; el pobrecito no hacía aún tres semanas...

Pero la fiebre le había invadido; un día le trajeron de la escuela con la cabeza pesada, las manos muy calientes.

Y desde entonces estaba allí en su camita, y



Á TRAVÉS DEL BOSQUE

mentos de precisión tenían los de aquella época.

—¿De qué se compone la lombarda?

—Tres duelas de hierro batido forman su ánima, reforzadas exteriormente por 16 manguitos de hierro y cabillas del mismo metal cubriendo las uniones de aquéllas, para que los gases de la pólvora no tengan salida. La culata es superpuesta y va apoyada en un refuerzo que tiene la cureña en su parte posterior. Es muy curioso el hecho de que estas cureñas tuviesen un braguero más corto que el otro, lo que era causa de que al dispararse la lombarda quedase paralela á la quilla por el movimiento de retroceso.



algunas veces en sus delirios decía mirando los zapatitos muy lustrosos que su madre había colocado cuidadosamente en un rincón encima de una tabla:

—¡Puedes tirar ya los zapatos de Paquito! ¡Paquito no se los pondrá más! ¡Paquito no irá más á la escuela... jamás, jamás!

Entonces el padre decía, gritando:—¿Quieres callarte?

Y la madre iba á esconder su cabeza rubia en la almohada de su cama para que no la oyera llorar.

Esta noche el niño no tenía delirio, pero el médico estaba inquieto por una cosa extraña que encontraba en él; parecía que á los siete años ya estaba cansado de vivir; con la mirada perdida, buscaba, no se sabía qué...

—¡El cielo quizá!—pensaba Magdalena, estre-meciéndose.

Cuando se le quería hacer tomar una tisana, un jarabe ó un poco de caldo, rehusaba, no quería nada.

—¿Quieres algo, Paquito?

—¡No, no quiero nada!

—Es preciso sacarle de eso,—había dicho el doctor.—Este entorpecimiento me asusta... Uds. son sus padres; conocerán bien á su hijo... Busquen lo que pueda reanimar este cuerpecito, llamar á la tierra este espíritu que corre á las nubes!... Y se marchó.

¡Buscar!

¡Sí, sin duda conocían bien á su Paquito estas buenas gentes! Sabían cuánto se divertía los domingos cuando le llevaba su padre, entre otras cosas, al teatro Guíñol, con los niños ricos...

Santiago Legrand había comprado á Paquito estampas, soldados, sombras chinas. Lo ponía todo sobre la camita y con ganas de llorar trataba de hacerle reír...

—Hijito, si tomas la medicina,—le decía,—te compraré un general con charreteras de oro... ¿Lo quieres? ¿Quieres el general?

—No,—respondía el niño con la voz seca que da la fiebre...

—¿Quieres una pistola... una ballesta?

—No,—repetía la vocécita, clara y hasta cruel...

Y á todo lo que le prometían y á todo lo que le preguntaban respondía siempre:

—¡No... no... nol...

—Pero ¿qué es lo que quieres, hijo mío?—preguntaba su madre;—¿habrá alguna cosa que tú quieras tener?... ¡dímelo! ¡á mí!... ¡á tu mamá!

Y se echaba sobre la almohada del enfermito y le hablaba como en secreto.

Una vez, por fin, el niño, con un acento extraño, respondió con un tono ardiente, y á la vez suplicante é imperioso:

—¡Yo quiero ver á Bum-Bum!

II

¡Bum-Bum!

La pobre Magdalena miró á su marido con espanto. ¿Qué decía el pequeño? ¿Estaría otra vez con el delirio?

¡Bum-Bum!

Ella no sabía lo que eso significaba, y la daban miedo esas palabras singulares que el niño repetía con terquedad de enfermo, como si no habiéndose atrevido á formular antes este sueño lo repitiese ahora con invencible obstinación.

—Sí, ¡Bum-Bum! ¡Bum-Bum! ¡Yo quiero ver á Bum-Bum!

La madre había cogido nerviosamente la mano de Santiago diciéndole muy bajo y como una loca:

—¿Qué significa esto, Santiago? ¡El niño se muere!

Pero el padre tenía en su cara ruda de trabajador una sonrisa casi dichosa, la sonrisa de un condenado que entrevé la posibilidad de verse libre.

¡Bum-Bum! Se acordaba muy bien que la tarde del lunes de Pascua había llevado á Paquito al Circo y aun resonaban en sus oídos las grandes carcajadas, y recordaba las muestras que dió de alegría, su risa de niño que se divierte cuando el clown, cubierto de lentejuelas de oro, con una gran mariposa dorada que brillaba en la espalda de su traje negro, haciendo algunas piruetas en la pista, ó teniéndose inmóvil y tieso en la arena, con la cabeza abajo y los pies en el aire, á cada *lassi* que hacía daba el mismo grito repitiendo la misma palabra, acompañado á veces por un redoble de tambor.

—¡Bum-Bum!

¡Bum-Bum! Y en cuanto aparecía, el circo estallaba en bravos, y el pequeño prorrumplía en carcajadas. ¡Bum-Bum! Bum-Bum, el clown del Circo, el que divertía á una gran parte de la población, ese era el Bum-Bum que quería ver el pobre Paquito, y á quien no vería más, puesto que estaba allí sin fuerzas acostado en su camita blanca.

Por la noche Santiago Legrand llevó al niño un clown articulado, lleno de mariposas bordadas y que le había costado muy caro: el precio de cuatro días de jornal. Pero hubiera dado veinte, treinta; hubiera dado el precio de un año de su trabajo por llevar una sonrisa á los labios pálidos del enfermo.

El niño miró un momento el juguete, que bri-

llaba sobre las sábanas blancas; después dijo con tristeza:

—¡Ese no es Bum-Bum! ¡Yo quiero ver á Bum-Bum!

¡Ah! si Santiago le hubiera podido rebujar en las mantas y llevarle al Circo, enseñarle el clown bailando bajo la araña iluminada y decirle: ¡Mira! Pero Santiago hizo otra cosa mejor.

Fué al Circo y preguntó las señas de la casa del clown, y tímido, temblándole las piernas de emoción, subió uno á uno los escalones que llevaban á la habitación del artista en Montmartre. ¡Era muy atrevido lo que iba á hacer Santiago!

Pero después de todo, los artistas van á cantar y á decir monólogos á casa de los grandes señores, á los salones. Puede ser que el clown—por lo que quiera—consienta en venir á decir buenos días á Paquito. No sabía cómo lo recibirían en casa de Bum-Bum.

Este no se llamaba Bum-Bum, sino M. Moreno, y en su cuarto artístico libros, grabados y una gran elegancia formaban como un decorado escogido por un hombre encantador que recibió á Santiago en su gabinete, semejante al de un médico.

Santiago miraba, no reconocía al clown y volvía y revolvía entre las manos su sombrero de fieltro. El otro esperaba. Entonces el padre se excusó. Era asombroso lo que venía á pedir: una cosa que no se hacía...—Perdón, excúseme usted; pero, en fin, se trata del pequeño. Un gracioso niño, señor. ¡Tan inteligente! Siempre el primero en la escuela, excepto en cuentas, que no las comprende... ¡Es un soñador este pequeño! Sí, un soñador. Y la prueba... vea Ud. la prueba...

Al principio Santiago vacilaba, balbuceando; después, armándose de valor, dijo de corrido:

—La prueba es que quiere ver á Ud., que no piensa más que en Ud., que Ud. está allí delante de él, como una estrella que quiere tener y que mira...

Cuando concluyó, el padre, muy pálido, tenía sobre la frente gruesas gotas de sudor.

No se atrevía á mirar al clown, que á su vez miraba al obrero.

—¿Le echaría á la calle? ¿Le tomaría por un loco?

—¿Dónde vive Ud.?—preguntó Bum-Bum.

—¡Oh, muy cerca! en la calle de las Abadesas.

—¡Vamos!—dijo el otro.—¿Quiere ver á Bum-Bum su nene de Ud.? Pues bien, va á ver á Bum-Bum.

III

Cuando la puerta se abrió delante del clown, Santiago gritó alegremente á su hijo:

—¡Paquito, alégrate, bribón! Aquí tienes á Bum-Bum.

Por el rostro del niño pasó como un relámpago de alegría. Se incorporó sobre el brazo de su madre, y volviendo la cabeza hacia los dos hombres, buscó un momento al lado de su padre. ¿Quién era aquel señor de levita cuya cara alegre le sonreía, y que le era desconocido?

Pero cuando le dijeron:—Es Bum-Bum,—dejó caer lenta y tristemente su frente en la almohada y quedó con los ojos fijos, sus hermosos ojos azules, que miraba como á través de las paredes del cuartito y buscaban siempre el talco y las mariposas de Bum-Bum, como un enamorado persigue su sueño.

—No,—respondió el niño con voz empapada en lágrimas,—no; ese no es Bum-Bum.

El clown, de pie al lado del lecho, miraba la carita del enfermo con una mirada profunda y de dulzura infinita.

Después dijo sonriendo:

—Tiene razón el pequeño: este no es Bum-Bum.

Y se marchó.

—Ya no le veré más, no le veré más,—repetía el niño, cuya vocécita parecía hablar á los ángeles.

No hacía media hora que el doctor había salido, cuando la puerta se abrió bruscamente y apareció Bum-Bum, el verdadero Bum-Bum; con su *maillot* negro lleno de lentejuelas, la cresta amarilla en la cabeza, la mariposa de oro en el pecho y en la espalda y la cara enharinada, Bum-Bum, el verdadero, el del Circo, el Bum-Bum que quería ver Paquito.

Y brilló en su carita un rayo de gozo, que era vida, y movió sus ojos riendo, llorando; era dichoso; estaba salvado. Aplaudía con sus manitas adelgazadas por la fiebre y gritaba *bravo* con la alegría de los siete años que hizo explosión como un cohete:

—¡Bum-Bum! ¡este es, este es! ¡Viva Bum-Bum!

¡Buenos días, Bum-Bum!

IV

Cuando el doctor volvió encontró sentado á la cabecera de Paquito un clown de cara pálida que hacía reír, reír sin cesar al niño, y que le decía moviendo un terrón de azúcar en el fondo de una medicina:

—Si no bebes esto, Paquito, Bum-Bum no vendrá más.

El niño bebía.

—¿Verdad que está muy bueno?

—¡Muy bueno! ¡Gracias, Bum-Bum!

—Doctor,—dijo el clown al médico,—no esté us-

ted celoso... pero creo que mis muecas le hacen tanto bien como las medicinas de Ud.

Los padres lloraban, pero esta vez era de alegría.

Y hasta que Paquito estuvo levantado, un carruaje se detenía todos los días delante de la casa del obrero, y un hombre bajaba envuelto en un gabán con el cuello levantado y debajo largo vestido, como para el Circo, con su alegre cara enharinada.

—¿Qué le debo á Ud., señor?—dijo Santiago al clown cuando Paquito estuvo bueno,—porque yo le debo á Ud. algo.

El clown le tendió sus dos anchas manos de Hércules.

—¡Un apretón de manos!...

Después, besando las mejillas del niño que parecían dos rosas, dijo riendo:

—Y el permiso de poner en mis tarjetas: Bum-Bum, doctor acróbata, médico de cabecera de Paquito.

JULIO CLARETIE.

EN LA MONTAÑA

Allá un lago, ahí un pueblo, aquí un torrente; todo bajo mis pies, todo á mi vista... la inspiración cerniéndose en mi mente

¡aun soy, aun soy artista!

Artista, sí, para sentir bellezas, artista sólo de lo noble y santo... jamás mi labio profirió bajezas, ni adulación mi canto.

La enhiesta roca de elevada cumbre es del altivo bardo digno asiento; aquí le da calor del sol de lumbre y le acaricia el viento.

No llega aquí la voz engañadora que amores jura y esperanza miente; y aun á llegarle ahogara á toda hora el eco del torrente.

No llega aquí la vanidad rastrera que de envidia y rencores cubre el suelo, porque á llegar aquí, le confundiera lo inmenso de ese cielo.

El cielo en que se abisma mi mirada, y señala indeleble en mi conciencia, á la vez que la ciencia de la nada, la nada de la ciencia.

R. FERRER Y BIGNÉ.

PEDRO Y JUAN

NOVELITA CORTA

DEDICADA Á MI AMIGO EL SR. D. FERNANDO DEL TORO

I



ALGUNOS años hace, mucho antes de ocurrir el incendio del Alcázar de Segovia, había en esta ciudad dos hermanos gemelos de un admirable parecido, como dos capullos de una misma rama, como dos cerezas pendientes, como dos gotitas de agua del rocío, como dos estrellas de una constelación. Cuando la semejanza que se ofrece en dos criaturas se refiere tan sólo á la misma disposición y medida de las formas, á igual delineación en el contorno, el resultado es servil ajuste de uno en otro como las copias que ejecutan nimia y escrupulosamente los pintores chinos; mas cuando ya no únicamente la forma ofrece semejanza, sino el color, el movimiento, toda la vida, los rápidos y variados aspectos de la gracia, y las almas, las almas mismas son semejantes, se comprende que Dios, sólo Dios, puede realizar el portento admirable de la unidad en la dualidad, dos seres que son uno, y un mismo espíritu manifestado en dos almas, dos alas para la vida, para el amor y para las obscuras extensiones del destino por las cuales heridos y dolientes peregrinamos.

Pedro tenía rizado el cabello y de un rubio brillante; como ensortijada y dorada la cabellera de Juan; ambos sonrosados, iguales destellos de inteligencia brillaban en sus ojos azules; por su gallardía y su talla y esbeltez, eran cual las de los pinitos hermanos que retoñan de viejas raíces al pie de un vetusto pino en la misma tierra y bajo el mismo cielo.

Dios siempre, y su madre casi siempre, podían distinguir á aquellos niños uno de otro. Dios había dejado á la madre ese penetrante sentido del amor, sentido que se acerca á la inteligencia infinita; pero á veces la madre confundía á sus hijos... los mismos ademanes, los mismos gestos, igual vida; á la vez se despertaban y se dormían, reían y lloraban, acometiales el enojo ó les embargaba el gozo. En sus momentos de duda, ante cuál era Juan ó cuál Pedro, la madre los abrazaba, estrechando aquellas dos cabecitas tan iguales con el corazón, que para ellos tenía un mismo amor.

—Mire, señor,—decía un criado de la casa,—que el mismo hoyuelo gracioso que aquí en la

barbilla le ríe á éste, ríe también en la barba del otro. Aun recuerda la buena mujer que los tuvo en la pila que si no toman la precaución de poner en la cabecita de uno de los niños un lazo color de rosa y en la del otro un lazo azul, puede que hubiera el cura bautizado dos veces á uno de los niños y hubiera quedado el otro sin bautizar.

—No me maravilla tanto que se comprenda y note la semejanza que existe en la cara de los niños, porque estas semejanzas, cuando se ofrecen, es fácil verlas, puesto que en el rostro todos tenemos lo propio, lo característico, lo diferencial, y allí donde se presenta un parecido con el gesto ó las facciones de otro, prontamente se descubre; lo que me asombra es que la semejanza que entre los gemelos estos existe, se revela fidelísimamente en aquellas partes del cuerpo, como los pies, los brazos, los muslos, el pecho, en los cuales, sin medir y estudiar atenta, minuciosamente, ningún observador hallaría otras particularidades de semejanza que aquella aparente semejanza que en tales miembros todos tenemos. Pero en estos niños luego causa admiración al que los ve hallar que tan iguales son en el rostro como en el cuerpo, —había dicho el doctor Franco, médico de la familia.

—Veremos si después se asemejan en lo bueno y en lo malo, en lo tuerto ó en lo derecho, en los cariños ó en los aborrecimientos, —exclamaba el padre.

—¡Oh! serán iguales en bondad, porque sobre ellos, al propio tiempo y con la misma fe y el mismo cuidado, depositaremos en sus corazones la semilla bendita de las virtudes cristianas.

Tan sólo en los cielos de Dios pueden existir almas gemelas; en ellas la misma luz de un solo pensamiento, igual calor de un mismo afecto amoroso. Revoloteo de dos mariposillas de alas blancas festejándose en torno de una la otra al tibio rayo de luz primaveral resaltando sobre la suavidad del azul del espacio, astros de igual magnitud y luz que recorren la misma órbita, olas espumosas que se hinchan, rizan y rompen, sucediéndose cadenciosa, seguidamente iguales, como las horas del día, todo esto puede darse; pero almas iguales, sólo, sólo existen en los cielos de Dios.

Y, sin embargo, Juan y Pedro amaban lo mismo, pensaban lo mismo; y así en la particularidad de los gustos y aficiones del sentido como en las esperanzas y el temor, la ilusión ó la duda, se asemejaban, y de tal manera el deseo del uno igual era al deseo del otro, que ambos, lejos de atender á sí mismo, cada uno atendía al de su hermano. Fenómeno psicológico que al ser explicado podría parecer refinada pedantería, excesiva sutileza de filósofo; ello era, en fin, que una necesidad no quedaba satisfecha con sólo que uno lo intentara para sí, puesto que habían los dos de satisfacerla para que cada uno la considerase cumplida; por manera que realizaban la más ideal confraternidad de los seres. El sueño de oro de todas las elucubraciones políticas, de todas las filosofías y de todas las religiones.

Dicho queda que, con ser como eran de los mismos sentimientos y de los mismos gustos, lejos de disputarse los bienes, dividíanlos con exactitud, con esa exactitud que la naturaleza dió á las abejas para hacer geométricamente las celdillas del panal, y á la araña para el tejido de sus redes. Aunaban sus esfuerzos para el logro de lo que ambos á un tiempo y con el mismo grado de energía solicitaban.

—Sí; sólo en el cielo ha de haber semejanzas como ésta, —decían las gentes, —y sin duda son dos traviesos angelitos de Dios que jugueteando resbalaron abrazados y juntos han caído á este mundo de dolor.

II

Sería esta la historia de un solo pensamiento para dos almas, si atendiésemos á que fué la infancia de los niños la repetición de los mismos caprichos y la manifestación de las mismas virtudes y defectos. Habían tratado de separar á los hermanos, pero las consecuencias fueron graves, y acudió desde luego á poner remedio pronto á ellas. Ambos niños entristecían, apagábase en sus ojos el brillo de la alegría, no podían dormir tranquilamente, ni se avenían á jugar ni á estudiar, sino gozando del mismo juguete y fijando la atención en el mismo libro; sobre el mismo libro se unían las dos rubias cabecitas gemelas, partiendo con celestial candor el pan del árbol de la ciencia, el pan del bien y del mal entre las dos almas. Esperábase que en las fases de la evolución que determina el desarrollo, que en los cambios propios de la edad, los adolescentes no se pareciesen tanto como se habían parecido los niños; y luego que, ya hombres, fuese distinta y apreciable entre ellos alguna circunstancia diferencial. Por Dios que no ocurría esto; hubiérase dicho que el sol los quemaba por igual, y el aire, el ambiente, en fin, obraba en cada uno lo mismo y como si la naturaleza y el destino hubiera de ser para ellos como el nacimiento había sido. Nada había que pudiera turbar aquella armónica semejanza de dos seres.

Cuando llegaron al Colegio de Artillería, vestidos con el mismo uniforme, hubieron de llamar por tal manera la atención, que el Marqués de Arquijos, general director, quedóse muy asom-

brado mirando á aquellas dos lindas personitas, reproducción exacta una de otra, que cuadrados y en la misma actitud militar, miraban á su vez temerosa, respetuosamente al venerable y encanecido general.

—¿Cómo se llaman ustedes?

—Mi hermano, Juan, —contestó Pedro.

—Mi hermano, Pedro, —contestó Juan.

¿Había hablado uno? ¿Habían hablado los dos? El metal de voz era el mismo. S. E. estaba atónito de admiración.

—Será necesario diferenciarlos, —pensó el general; —tal vez el uno estuviese más adelantado que el otro y por ello fueran destinados á clase diversa; pero esto era imposible; ambos se hallaban á igual altura en bondad, en aplicación, como en malignidad ó abandono. Cuando uno de ellos merecía premio, acreedor á premio era su hermano; y á la verdad, ninguno se había hecho en los primeros meses digno de castigo.

Era el amor que los unía un afecto excepcional en lo humano, una congénita necesidad de no separarse, la inconsciente fuerza de un mutuo sentimiento de irremisible fraternidad, de estrecha connivencia moral, y por ello sus caracteres estaban dotados de dulzura tal, que sólo cuando ambos se determinaban á un acto podía decirse que entre los dos aparecía una voluntad, pues ni Juan ni Pedro por sí mismos y con independencia el uno del otro mostraban decisión propia. Querer era obra de los dos.

S. E. y los demás jefes tomaron la providencia de hacer que Juan llevase un galón de plata en las mangas del uniforme. Pueril determinación, pues cuando á los muchachos se les antojaba era imposible saber si habían ó no cambiado de casaca.

Se vieron libres de novatadas. Toda la brava gentecilla formada por aquella tropa de estudiantes soldados, celebró la feliz casualidad de que se hubieran presentado dos cadetes tan semejantes que por su semejanza pudieran burlar á los terribles profesores, á los *Protos*. Si en cualquier jugarreta uno de los gemelos hubiese quedado con rasguño ó cardenal, habría sido posible distinguirlo de su hermano; por otra parte, pocas veces estaban separados, y cuando Juan se hallaba lejos de Pedro ó éste de aquél, se buscaban impacientes. Arriesgado era luchar con uno; pronto el otro se arrojaba á la defensa; pelear con los gemelos era admitir combate con dos hombrecillos unidos por una sola intención y el propio valor.

El general, encantado al ver aquellos dos guapos muchachos, graciosos, inteligentes, robustos, y tan maravillosamente parecidos, tuvo un tiempo el capricho de llegar á distinguirlos. Separábalos, tenía cerca de sí en algún servicio ó en algún pretextado trabajo á Pedro, y luego á Juan; inútil empeño, no llegó su propósito. Hasta en el carácter de letra se parecían.

—El diablo que los distinga y diferencie, —exclamó S. E. un día en que uno de los gemelos había cometido una falta y el general tenía los ante sí y ambos se confesaban culpables.

—Los dos al calabozo, —gritó malhumorado el viejo.

El diablo; tal sería esta palabra como una siniestra maldición; no era necesario ser muy supersticioso para temer que algún día pudiese ocurrir que el fatalismo del mal, el tenebroso agua fiestas de la creación, el maligno contradictor que sopla con el frío soplo de la envidia entre los corazones, y aviva con el hálito de los celos el fuego de los amores hasta que se consumen; el espíritu que se entromete en las conciencias, nubla la razón y perturba las almas, trastorna los pueblos, corrompe los mundos y reina en las tinieblas, pudiera alguna vez contrariar aquel amor fraternal, aquella armonía de dos almas, unidas y semejantes en su paradisiaca fraternidad.

Ellos entre sí gozaban de una singular satisfacción; la de verse objeto de la complacida curiosidad de cuantos los conocían; eran admirables, y todo el mundo gustaba de ver aquella simpática conjunción de dos criaturas y dos almas gemelas por la naturaleza y por la identidad en todo. El placer de su unión era para ellos casi el lazo principal que cada vez más íntimamente podía estrecharlos.

Tan sólo el diablo podía romper tan misteriosa fraternidad.

III

Una mujer. Justamente, todo el mundo lo temía y muchos lo esperaban; una mujer podía separarlos, y separarlos para siempre. ¡Quién sabe! se decía; tal vez los gemelos son en todo excepcionales; ¡qué amor hallarán más inocente, más puro é íntimo que el amor que desde las entrañas de la madre los une!

En cierta ocasión las necesidades del servicio militar, es decir, las fingidas exigencias de un servicio militar dispuesto tan sólo para la perfecta educación de los artilleros, Pedro vióse por algunos días separado de Juan. Las horas de recreación eran distintas; Juan se hallaba lejos de la ciudad, de guardia en una batería, y Pedro iba y volvía por las calles sin saber cómo combatir la tristeza y el aburrimiento que se apoderaba de su ánimo.

Tanto les había unido á los gemelos la naturaleza, como habían hecho por robustecer aquella unión sus padres. ¡Cuántas veces, por la propia promesa y la misma impaciencia después, había esperado y recibido los mismos juguetes, iguales conocimientos, iguales impresiones y recuerdos había dejado para ambos la educación y los accidentes todos de la vida de la infancia! No hallaba Pedro posible conversar franca y abiertamente sino con su hermano, y éste con aquél; resultaba ya condición esencial de sus vidas esta alianza íntima. Separado de Juan, ¿qué había de desear Pedro?

Huía en casos tales de sus camaradas, y sin darse cuenta de ello buscaba la soledad é iba guardando y coordinando sus impresiones para luego referírselas á Juan, y solía hacerlo con tal fidelidad, que Juan tenía por visto lo que su hermano, y así parecía á éste con cuanto aquél le refería.

¡Cuánto les alegraba saber que un jefe, un compañero ó alguna de las muchachas de la ciudad les había confundido! No se habían aún acostumbrado á esto, y siempre les causaban regocijo los errores de los demás y celebraban ser por su semejanza seres extraordinarios.

Eran niños todavía, y aunque ya mozos, su candor y su cariño infantiles continuaban inalterables. Ya se sabía procurarían no separarse jamás; hallaban este propósito como naturalísima condición de su manera de ser, y era lo cierto que al separarse sentían un temor y una tristeza que los demás no podían comprender. Seguirían la misma carrera al mismo tiempo y procurando que en los ascensos y en los servicios fuesen en lo posible juntos, al mismo batallón, al mismo puesto en la guerra, alcanzando los dos á un tiempo la misma victoria ó la misma muerte, una bandera cogida por ambos al enemigo ó una granada que se abriese en dos para herir á la vez el pecho del uno ó el del otro. Ellos no partirían la herencia de sus padres por muros, ó linderos, ó cotos; la misma casa, el monte, la heredad, todo para uno. Pero, ¿y si uno de ellos se casaba? Esto les hacía reír; ¿ellos casarse? ¡nunca!, decían aquellos mozaletos con la seriedad afectada propia de los niños que alardean precocemente de hombres.

En los colegios, especialmente en los clericales, circulan ocultamente algunos libros perniciosos; pero casi libremente corren en las escuelas militares tales obras, y entre los jóvenes artilleros circulaba uno que había llegado á las manos de los gemelos; esa novela llena de amabilidad, vuelo de un espíritu desenfadado y cínico, peligrosa travesura del ingenio que, á pesar del arte galano y seductor, no puede hacer olvidar las ofensas que infiere á la moral y los ultrajes que dirige al pudor, «El Baroncito Joublas», del convencional Jouvot. Esta lectura les había hecho soñar en mil diabólicos planes de seducción, en una vida de tumultuosos placeres tomados á la aventura. Un día se le oyó decir á Pedro: —A nosotros sí que nos será fácil hacer travesuras como la de Joublas.

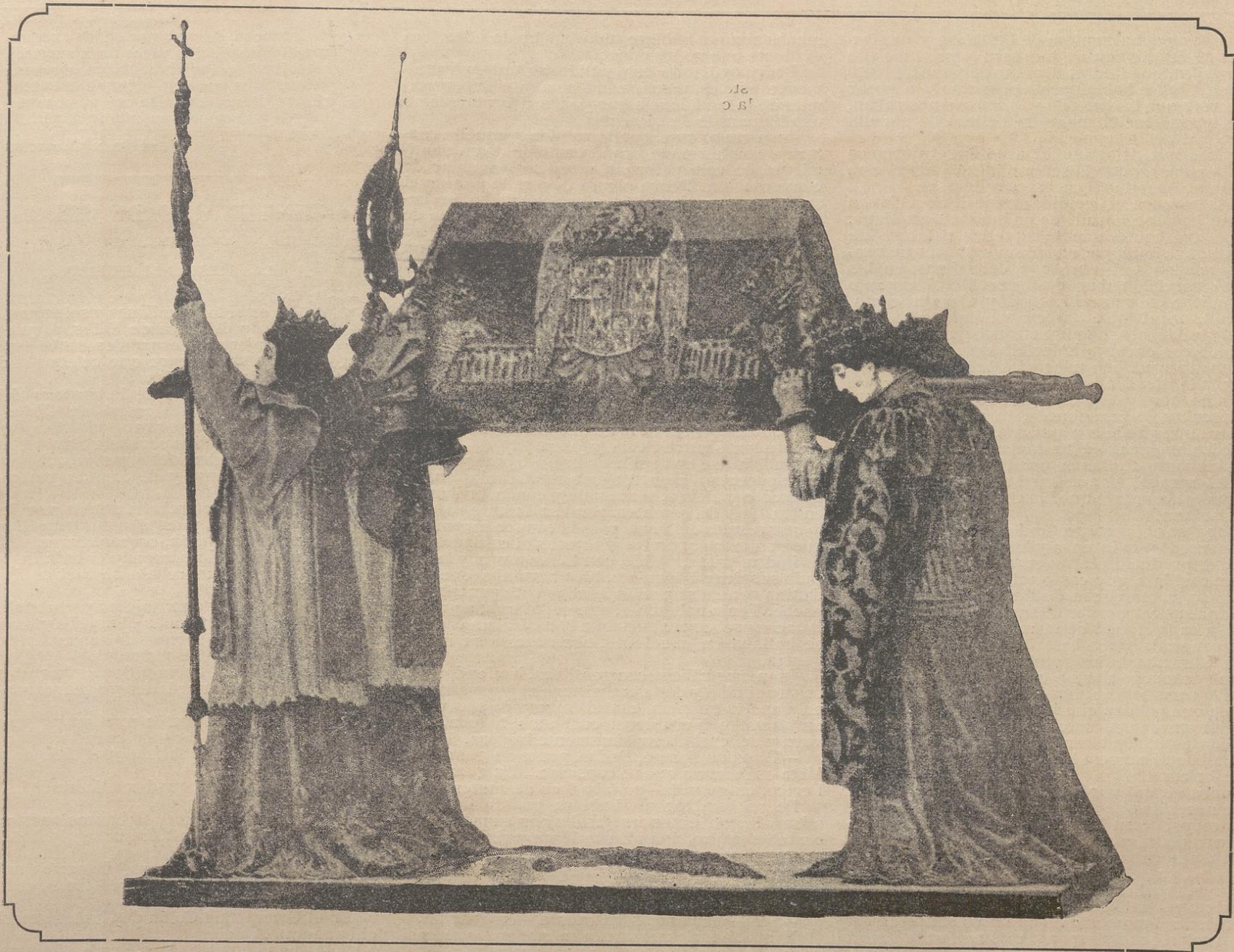
Juan, vestido de mujer, pasará por hermana mía, y yo le introduciré así disfrazado cerca de la mujer que ame; á mi vez estoy dispuesto á desempeñar papel semejante siempre que me conviniere.

¡Los demonios mismos son los alumnos de artillería!

Ello fué que una tarde, y por la época á que hemos hecho referencia, Pedro se hallaba en la carretera de Madrid al caer de la tarde. Tras de unos cerros asomaba la torre de la Catedral de Segovia. Torre extraña, esbelta, sencilla y no exenta de majestad y belleza, siquiera se halle rematada por un templete disparatado y opuesto al orden general de la obra. El sol doraba la amarillez de la piedra de dicha arquitectura; la sierra, nevada en sus cumbres y teñida de un color violeta obscuro por la falda, ofrecía un solemne aspecto en contraste con la masa grisácea, y en algunos puntos verdosa, del valle. Oyóse entonces el alegre cascabeleo y el rodar suave de un carruaje, y apareció un ligero coche de camino, arrastrado por un par de caballos lucidos y briosos; volvía aquel tren uno de los recodos del camino, y sin duda por no estimar bien la dirección para la vuelta ó por ser excesiva la velocidad adquirida, ocurrió que los caballos desviaron saliendo del camino real, y tirando hacia un lado, cuasi al borde de una cantera, arrastrando al coche, que empezó á rebotar y á ser bamboleado fuertemente de una á otra parte y con el grave riesgo de caer y destrozarse contra la trinchera de rocas, el coche se alzaba saltando sobre el empinado pescante, y desconcertado al manejar el bridaje, los caballos iban como enloquecidos...; fué un momento terrible, y rápidamente acaeció después lo que nadie, ni el mismo actor del suceso, pudo explicar. Pedro se lanzó á contener los caballos, y tuvo tal discreción y tino, tal acierto, que sin asustar bruscamente á los caballos los paró de modo que apenas si produjo violencia en el choque del carruaje al detenerse el movimiento, cortó con presteza los tiros y libró á todos del peligro. La caja quedó ladeada y contenida por los baches y las piedras; el cocheero saltó, pálido y aterrado, al suelo y dirigióse á la portezuela del coche. En éste venían dos se-

LA SIESTA





MONUMENTO SEPULCRAL DE CRISTÓBAL COLÓN PARA LA CATEDRAL DE LA HABANA



LA NAO SANTA MARÍA

ñoras, la anciana condesa de Peñalosa y una sobrina de ésta, joven de tan rara y pronunciada hermosura, que Pedro, á pesar del aturdimiento en que á todos había puesto el suceso y á pesar del terror que la doncella y la señora mostraban, pudo notar sensiblemente la belleza de aquella joven, para él desconocida.

—¡Dios mío, Dios mío!... á un ángel debemos hoy la vida, repetía la señora, mezclando á esta exclamación mil invocaciones religiosas.

A la bravura, al decidido arrojo de aquel joven debían haberse librado de un inminente peligro. Pedro oyó confusamente aquellas palabras de gratitud, y sintió, por una hasta entonces no sentida emoción, que unos ojos dulcísimos, en los cuales parecía haber desaparecido el espanto trocándose en maravillosidad y alegría espontánea, le miraban con afecto y admiración. ¡No, no es posible á los hombres fríos ó gastados comprender ese encanto indecible que en un mozo ilusionado producen unos ojos brillantes, llenos de toda la idealidad de la juventud y pureza de una niña hermosa é inocente cuando para ella se descubre lo inesperado, la viva impresión primera que puede ser aurora del amor!

Pedro acompañó á las damas hasta la entrada de la ciudad y dejolas en una de las primeras casas del arrabal, donde habían de reposar esperando otro carruaje que las condujese al palacio de la señora.

Quedóse el joven profundamente preocupado y á merced de la intensa y honda impresión que le había producido la joven Amelia Dartes, sobrina, casi hija, que como tal era mirada y querida por la marquesa de Peñalosa. Había oído hablar á sus camaradas de aquella linda niña, que gozaba en la ciudad de la reputación de hermosa y venerada; pero hasta entonces no la había visto. Llamábanla los muchachos la reina mora, y aun por mucho tiempo quedó viva la fama de aquella rara belleza. Era esbelta y de talle flexible, de una palidez que blanqueaba suavemente el color moreno de su cutis, pelo negro y abundante, ojos admirables, melancólicos, y toda ella tan linda que parecía la fantástica ilusión de un sueño oriental.

Pedro perdió por un momento aquella constante necesidad de siempre de verse al lado de su otro yo, de su hermano; érale grata la soledad, y no podía comprender aquella tristeza mezclada á una extraña complacencia que sentía en su ánimo, ya deleitándose cuando, y como á pesar suyo, recobraba en su memoria un perfecto, completo y detallado recuerdo de la pasada aventura desde el momento en que tuvo ante sí la bellísima niña que del espanto más profundo pasó á la más afectuosa gratitud; veía aquellos negros ojos en los cuales quedaban pendientes, como de las corolas de la flor las gotitas de rocío, dos lágrimas, aquella sonrisa dulce y atractiva, luego aquel conjunto de gracias, aquellas blondas, aquellos encajes, el embriagador perfume de la niñez, su voz penetrante y melodiosa. No sabría Pedro, no hubiera podido referir sin ver á su hermano aquella inesperada ocurrencia. Sentía ya en el corazón un deseo, que le avergonzaba, un deseo de independencia, propendiendo ya su corazón al silencio, á la reserva del pensamiento y del sentimiento propios; era la primera vez que había querido separarse de la íntima coexistencia moral para la que él y su hermano habían sido educados.

Dudaba, luchaba, temía verse con Juan y lo deseaba al mismo tiempo, y estuvo muy preocupado meditando en el medio de evitar que el corazón, aquel corazón tan unido á su hermano, saltara obligado por la fuerza irresistible de una confianza nunca desmentida, revelase todo aquello que Pedro quería ocultar como suyo, como indivisible: su primera idea y su primer pensamiento propios.

Al fin llegó el momento: los gemelos volvieron á verse juntos; Juan se lanzó á los brazos de Pedro, y éste, sintiendo todo el gozo que naturalmente sentía al hallar á su hermano, estrechóle contra su pecho. Se hubiera podido creer que hacía muchos años que no se veían. No hablaban; ellos mismos no podían explicar aquella naturalísima satisfacción, casi tan inconsciente y profunda como un fenómeno orgánico.

Juan habló primero; estaba vivamente excitado, tenía sin duda que contar también su aventura, y habló con animación no exenta de entusiasmo. La marquesa de Peñalosa se hallaba en la ciudad con su sobrina, y, caso raro, la joven le había sonreído al verle, y cuando por esto él llevóse la mano al chacó y saludó cortésmente, la joven y la anciana, que se hallaban en la alameda, le contestaron, y ya no una, sino varias veces había recibido Juan demostraciones afectuosísimas por parte de la anciana y de la reina mora, á la cual tampoco Juan había hasta entonces conocido.

—Si vieras, Pedro, es bellísima. Imposible parece que yo no la haya visto hasta ahora y que tú no la conozcas aún; todo el colegio la alaba y ya tiene en su honor varios desafíos.

Juan extremó los elogios por la belleza de la niña y hasta indicó á su hermano el sitio y la hora para que pudiera ir á verla. Debía saludarla desde luego, porque ella creería saludar á Juan; tal vez ignoraba que existían los gemelos, ó por lo

menos aunque hubiese oído hablar de ellos, era evidente que no los conocía.

Pedro oyó todo esto pálido, agitado y brutalmente, esto es, martirizándose á sí mismo, reprimiendo la confianza que ya iba á brotar como una llamarada de su pecho.

Juan creyó que aquella palidez y aquella tristeza de su hermano eran resultado de un sentimiento de celo paternal, y procuró cambiar de conversación. Pedro siguió devorado por aquel ardiente deseo de independencia; callaba, procuraba luego con destreza huir de la compañía de su hermano, y al presentarse á él después de su ausencia mostrábase receloso y triste. Iba, no bien le era posible, á visitar á la marquesa.... y al fin pudo oír de labios de Amelia que era amado. ¡Oh qué espanto le produjo entonces la idea de que su otro yo pudiera aparecer y robarle su dicha!... No ya la reserva tan sólo, sino el engaño, procuró por todos los medios que le sugirió su ingenio, aguzado por la pasión, que los camaradas distrajesen á Juan; nunca más sonriente y afectuoso había estado Pedro; sin embargo, un día hubo de ocurrir la siguiente escena... El diablo maldito quería romper de una vez para siempre los lazos entre Pedro y Juan.

Hallábase en la sala de armas. Juan y Pedro no se parecían entonces; Juan estaba animoso, indiferente y alegre, sonrosado y con la brillantez en los ojos, fulgurantes por ese latente regocijo que resulta del hervor de la sangre juvenil en la de un mozo que vive sin penas ni cuidados.

Pedro, triste, pálido, con la faz torva y la mirada suspicaz é inquieta, bien revelaba que una dañina venenosa pasión hondamente punzaba su pecho. Tenía nublado el entendimiento; aquellas tenaces preocupaciones que le asaltaban cuando se hallaba en la soledad, obscurecían su inteligencia.

Juan mostrábase con gentileza, haciendo gala de su agilidad y de su entusiasmo al jugar, florete en mano, la esgrima, cual si delante de sí tuviera un enemigo invisible al cual atacaba con bravura y del cual diestramente huiera.

—Toma un florete, Pedro, ponte en guardia... Mata esa murria que te consume... En guardia... Perico, en guardia—gritaba loco de contento.

Pedro tembló; no hubiera podido decir él mismo lo que entonces pasaba por su mente: un centelleo rojizo, una idea maligna y siniestra, un pensamiento diabólico de esos que tras oscuras preocupaciones brillan como rayos dentro del entenebrecido cráneo del hombre avasallado por la pasión...

—Sea,—murmuró sordamente;—en guardia. Y atacó furiosamente, por manera que casi coge en descuido á su hermano; se rehace éste, mantiene su puesto, se defiende, pero bien pronto sus risas cesan; Pedro extrema su ataque, hay un instante en el cual Juan siente una profunda extrañeza al ver á su hermano.

—Cualquiera diría que la cosa iba de veras,—dice Juan,—y lanzó una brusca exclamación.

Habíase puesto caretas, y Juan acababa de quitársela sin duda para afirmarla mejor en la cabeza; Pedro sin duda no había fijado su atención en esto, y con el botón acababa de arañar la mejilla derecha de su hermano; el botón estaba sin envoltura. La sangre bañó el rostro de Juan.

Acudió Pedro temeroso y aterrado á auxiliar á Juan; túvose el suceso por un accidente casual: no obstante, Pedro fué reprendido por su falta de prudencia.

—Nada; no ha sido nada,—decía Juan,—un ligero rasguño que no dejará señal.

Juan fué prestamente curado; pero el arañazo quedó indeleble en su faz.

Poco tiempo después, Pedro, sentado á las márgenes del río que baña el montículo sobre que se alza el Alcázar, lloraba amargamente, herido por un inconsolable dolor. Amelia se había marchado de la ciudad olvidándolo todo por uno de esos movimientos rápidos de la voluble voluntad de la mujer, ligera como un pajarillo, olvidando la aventura del carruaje, el galanteo, el amorio... y gozosa iba á la corte á rendir á nuevos adoradores.

—Juan, hermano mío, me aflige verte esa señal que yo te hice...—exclamaba cual si su hermano estuviera allí presente, y sacando un pequeño cortaplumas hirióse también en la faz, haciendo una admirable imitación del rasguño de su hermano.

Ni aun el diablo había logrado separar á los dos que el Señor había hecho iguales, como dos gotitas de rocío ó como dos estrellas de una constelación.

J. ZAHONERO.

LOCURAS

Estaba muerta y yo no lo creía. En sangre sus pupilas inyectadas, inmóviles, vidriosas y clavadas en algo que miraba... y no veía.

Yo la llamaba y no me respondía: cogí sus manos rígidas y heladas con las mías candentes y abrasadas murmurando palabras que no oía...

Entonces, de mi amor en los excesos, maldije una y cien veces de la suerte, y teniendo en mis brazos aun oprimos los restos que dejó la impía muerte... ¡Loco! ¡Devolver quise con mis besos la vida y el calor á un cuerpo inerte!

JOSÉ JUAN CADENAS.

CENTENARIO DE COLÓN

LAS FIESTAS DE HUELVA



MAÑANAS SIDO grandiosas y solemnes, á pesar del cura de Palos, á quien extranjeros y españoles están esperando todavía para que celebre el Santo Oficio de la Misa.

A las siete de la mañana del día 1.º de Agosto zarpó de Cádiz para Huelva el vapor transatlántico *Joaquín Piélagos*, remolcando la carabela *Santa María*, á cuya derecha marchaba el *Legazpi*, arbolando la insignia de almirante y de capitán general del departamento.

El *Isla de Cuba* marchaba detrás remolcando el *clipper Nautilus*, y seguían dos torpederos ingleses, el *Isla de Luzón*, crucero francés *Hiron-delle* y cañoneros *Temerario* y *Cocodrilo*.

En vanguardia marchaba la corbeta inglesa *Ambihon*.

Todos los buques extranjeros y españoles saludaron el paso de la nao, y el muelle y las murallas de Cádiz estaban llenos de numerosa muchedumbre que agitaba los pañuelos.

En la barra de Huelva todos los buques se detuvieron para tomar práctico y aguardar la subida de la marea.

Todos los buques surtos en el puerto se engalanaron y saludaron á cañón cuando á las cuatro de la tarde entraban la nao y el *Isla de Cuba*, que la remolcaba.

Los demás buques quedaron fuera de la barra hasta las siete de la tarde.

Infinidad de pequeñas embarcaciones rodearon á la nao, y la multitud se agolpaba en los muelles.

Las autoridades pasaron al *Legazpi* á saludar al ministro, que no desembarcó hasta el día siguiente por la mañana.

En el Gran Hotel Colón de Huelva se celebró el banquete oficial.

Se habían dispuesto tres mesas distintas á lo largo del salón: unos lábaros ó estandartes, con los colores nacionales, indicaban al comensal la situación de las tres mesas.

Cada invitado tenía delante un rico y completo servicio, así como la tarjeta del *menu* y la que señala el número que tenía designado en la mesa.

En un salón contiguo al comedor, recibió el señor Beránger á los almirantes, ministros y marineros extranjeros.

Minutos después de las ocho, ingresó en el salón el Ministro y tras él todos los invitados: éstos pasaban de 300.

El banquete puede decirse que ha sido una de las mejores fiestas del Centenario: allí estaban todos los presidentes de las Sociedades de Huelva, Comisiones del Ayuntamiento, Diputación, prensa, Junta local y central del Centenario, Cuerpo consular, formando parte de él Mr. Turner, Cónsul de los Estados Unidos; individuos de la Sociedad Colombina, representaciones de la Audiencia, Ateneo, Club Recreativo de Regatas, Círculo Mercantil, Casinos de Artesanos y de Huelva; de las sociedades de Cádiz, Cámara de Comercio, Sociedad Económica, etc. etc., y á más una numerosa representación del Ejército y de la Marina extranjera y nacional.

Antes de empezar el banquete, las bandas de infantería de Marina de Cartagena y la del regimiento de Granada, de guarnición en Huelva, estuvieron desde la terraza del Hotel ejecutando diversas piezas musicales.

La distribución de los puestos de la mesa estuvo á cargo de los Sres. Fernández Duro y Mozo.

Las presidencias fueron: en la mesa del centro, el Sr. Beránger; en la izquierda, el Sr. Butler, y en la de la derecha el Sr. Coello; junto á ellos dos ministros americanos (el de Haití y Méjico), los Almirantes extranjeros, el español Sr. Sánchez Ocaña, el Vicepresidente de la Junta Central Sr. Núñez de Arce y el Obispo de Lístria.

Al llegar la hora de los brindis, los inició el señor Beránger en éstos términos:

«Brindo por S. M. el Rey, la Reina Regente y real familia, y uno á este brindis el de todos los soberanos jefes de Estados tan dignamente representados, y demostrándonos así el cariño y simpatía para nuestra patria y dando en esta solemnidad con su presencia más grandeza y brillantez al acto que conmemoramos.

Señores: de estas playas salió el inmortal Colón para realizar el hecho más portentoso que registra la historia y que admiraron las generaciones pasadas, admiran las presentes y admirarán las futuras: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

De estas playas son hijos los esforzados navegantes Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, que con su poderosa ayuda tanto auxiliaron al Gran Almirante en su magna empresa.

De estas playas eran también los nobles hijos del pueblo, que con un valor heroico y un arrojo sin igual se prestaron gustosos á tripular aquellas memorables naves. ¡Honor y gloria por tan altos timbres á la provincia de Huelva!

Pero este grandioso descubrimiento de la

rinas de todo el mundo, por el Rey y por la Reina. La banda tocó el himno americano.

Con gran entonación brindó el Almirante italiano, en su idioma: dijo que este acto era un tributo de gloria merecido por el insigne navegante, autor de una gran maravilla. Brindó por España, á la que dedicó un reverente saludo. (Muchos aplausos. La música tocó el himno italiano.)

El Sr. Núñez de Arce hizo un recuerdo del

cipan al igual como hermanos cariñosos. (Aplausos.)

Brindó por la marina extranjera y el ejército y la marina nacional. (Marcha real.)

Con el del general Sr. Coello, terminaron los brindis.

La velada literaria la presidió el ilustrísimo señor Obispo de Listrya, teniendo á su derecha á los Sres. Núñez de Arce, general Riva, de Méjico; Sánchez Mora, presidente de la Colombina, y se-



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

América no se habría realizado sin el genio, la fe cristiana y el entusiasmo de la más virtuosa de las reinas, Isabel I de Castilla, que con un desprendimiento tan grande como noble determinó que el Gran Almirante pudiera realizar su divina inspiración.

Colón, Isabel de Castilla y los Pinzones, nombres inmortales, que serán para siempre la gloria del mundo.

Y ahora he de recordaros que á esas poderosas naves que visteis ayer en los mares, terribles cuando arbolan su pabellón de guerra, cuando flamea en sus mástiles el pabellón de la paz, se les debe el descubrimiento del Nuevo Mundo, son también las que han demostrado de una manera práctica la figura y redondez de la tierra, y son también las que han contribuido antes, ahora y siempre, sin distinción de pabellón, á extender la civilización, los adelantos y la cultura por todos los pueblos del mundo.

Brindo, pues, por todas las marinas militares aquí tan dignamente representadas, y para concluir, en nombre del Gobierno á quien tengo la honra de representar en estos momentos, doy las gracias á todos por la participación que han tomado en estas solemnes fiestas.» (Grandes aplausos.)

Entre los aplausos se oyeron los acordes de la marcha real.

Tras corto intervalo, se levantó el general Riva Palacio.

Pronunció un extenso brindis: dijo que lo dedicaba principalmente á los marinos mejicanos; habló con gran entusiasmo y emoción de las glorias de ese país y concluyó brindando por las ma-

sublime espectáculo que pasada la barra presenciarnos todos, y que será memorable en la historia; agregó que el sol rompió las nubes para que la *nao*, al pasar por delante de las escuadras, recibiera el homenaje de aquella inspiración, en vuelta en frenético entusiasmo: el espíritu de Dios inspirando al hombre.

Asistimos, pues,—dijo—á una gran fiesta, que conmemora aquel hecho realizado por Colón al partir de Palos é internarse en procelosos mares,

cretario de dicha Sociedad, Hernández Quintero; á la izquierda se colocaron el Excmo. Sr. Capitán general de Andalucía y los Sres. Rada y Delgado, Ministro de Haití, Balaciart, Ministro de Santo Domingo y Ortiz de Pinedo. Más tarde entraron los generales de Marina Parejo y Sánchez Ocaña y el alcalde de Huelva, que tomaron asiento á la derecha de la presidencia.

El salón, ocupado de bote en bote por distinguida concurrencia de ambos sexos.

Inaugurada la velada por el Ilustrísimo Sr. Prelado, presidente, hizo uso de la palabra el Sr. Sánchez Mora con vigorosa entonación y correcta oratoria. Trazó la historia del descubrimiento, rehabilitandola memoria del hasta hace poco calumniado Martín Alonso, terminando por dar gracias á los distinguidos concurrentes al solemne acto que se celebraba. Fué muy aplaudido.

El Sr. Ortiz de Pinedo leyó una hermosa oda, y el Sr. Balaciart una inspirada poesía, que fueron muy celebradas.

Se levantó el Sr. Núñez de Arce, y con la correcta frase y bellísimas imágenes que son peculiares al laureado autor de «La última lamentación de Lord Byron», hizo un discurso

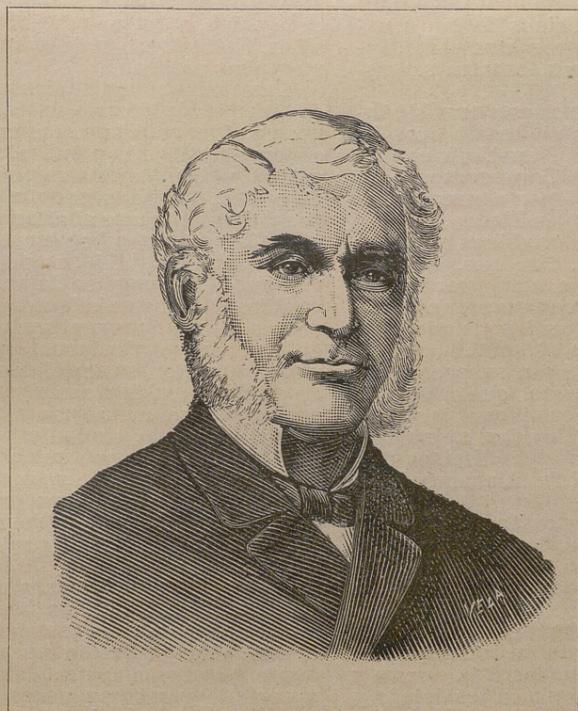
notabilísimo, que arrancó constantemente á la concurrencia nutrida salva de entusiastas aplausos.

Habló de la carabela, comparándola con los buques modernos, prueba evidente de nuestros progresos y adelantos.

«Los representantes de América,—añadió,—vienen aquí para demostrar que han desaparecido nuestros antiguos odios.»

Terminó manifestando sus deseos de que el recuerdo de Colón nos una á todos.

HOMBRES ILUSTRES DE AMÉRICA



HERRERA Y OBES



OSCAR HERDEÑANA

para arrancar de ellos hermosas tierras. Desde ese día, Colón figura en la historia como bienhechor de la humanidad y de poderoso impulso de la civilización universal. Concluyó diciendo: Gloria, pues, á Colón y á sus compañeros, engrandecidos con el lustre y esplendor en el acto que celebramos. (Aplausos y la marcha real.)

El Capitán general de Andalucía, Sr. Coello, brindó también, y lo hizo por la unión del ejército y la marina de España, de cuyas glorias parti-

El Sr. Hernández Quintero, secretario de la Colombina, dió lectura del fallo del jurado calificando con premio al trabajo presentado al tema 4.º y con accésit al correspondiente al 7.º Los demás trabajos no han obtenido premios.

Después de la velada, comenzó el baile, que estuvo muy animado y concurrido por elegantes y hermosas damas.

En la manifestación naval tomaron parte los buques españoles *Legazpi*, transporte que llevaba á bordo al Sr. Beránger; *Isla de Luzón*, *Temario*, *Cocodrilo*, *Cuervo*, *Arlanza*, *Isla de Cuba* (que remolcó á la *Nautilus*) y el *Pelayo*, que á duras penas consiguió acercarse á causa del mucho calado. El crucero mejicano *Zaragoza*, escuela de guardias marinas; el holandés *Bonaire*, la corbeta austriaca *Aurora*, el aviso francés *Hirondelle*, el crucero inglés *Scoutt* con los torpederos 47 y 48, y algunos otros extranjeros, cuyo número era de 35.

Estaba también el yatch inglés *Mirror*.

Podemos darnos por satisfechos. La fiesta naval ha sido digna del altísimo objeto á que se consagraba.

No sería justo desconocer que la ciudad de Huelva ha hecho verdaderos imposibles para celebrar con brillantez y pompa la inauguración del Centenario.

MALATESTA.

LA VIDA EN EL JAPÓN

(Continuación.)



OBRE otra mesa, mucho más sencilla que aquélla, está colocado todo lo necesario para el saki.

El saki, especie de cerveza fuerte, es la bebida favorita y nacional del Japón. Con el tabaco y las confituras, es indispensable el saki en esta parte del Oriente.

La desposada, con toda la etiqueta que las circunstancias requieren, se separa de sus compañeras de juego, y se coloca al lado de la mesa en que se halla la bebida favorita.

Entonces empieza el consumo del saki, con acompañamiento de interminables formalidades. Tomadas las primeras copas, los criados traen la comida.

El pescado crudo es uno de los platos más del gusto japonés. En cambio comen las ostras cocidas.

Las compañeras de la desposada tienen luego una ceremonia, en la que ellas no creen nada. Le expresan cuánto más agradable es la vida de las solteras que la de las mujeres casadas, y cuánto sienten verla separarse de ellas, de los juegos que formaban sus delicias, por tomar el cargo de la dirección de una casa, por la vida matrimonial, siempre difícil y con frecuencia fatal á la mujer, que no tiene la dicha de agradar siempre á su esposo. Terminan haciendo votos por la felicidad de la recién casada, y expresan la alegría que experimentan en volver á sus juegos favoritos.

Tres días después, los recién casados van á saludar á los parientes de la esposa, lo cual constituye el último acto de esta comedia social de grande espectáculo.

La mujer, que tal vez á los pocos meses de matrimonio se ve rodeada de las *doncellas de honor* de que antes hablamos, ó, lo que es peor aún, se cree repudiada con la obligación de raparse la cabeza, únicamente porque deja de agradar á su marido y quiere éste volver á casarse, esta mujer tiene al menos algunas semanas de buen tiempo, durante las cuales asiste con su marido á todo género de diversiones, tan numerosas en el Japón.

Desde luego, y para hacer gala de la riqueza de su guardarropas, asiste todas las noches al teatro, y cambia hasta tres veces de traje durante la representación. Es como lo digo. Los principales teatros en el Japón están dispuestos de manera que permiten á las mujeres variar su tocado. Las elegantes van al teatro á la manera que nosotros vamos á un viaje, con dos ó tres maletas que encierran los trajes para los cambios.

A cada entreacto, la elegante pasa al tocador y reaparece en su palco bajo un nuevo aspecto. Seguramente que nada ganará la pieza ejecutada, cuando toda la atención se pone en estos cambios de trajes. Pero ¡qué importa! El espectáculo es un entretenimiento, y nada agrada más á los espectadores que ese aparato de coquetería esencialmente japonesa.

Cuando la recién casada no va al teatro, da uno de esos paseos en las barcas que forman las delicias del imperio del Este, y también del imperio del Mediodía. En la primavera, las barcas de paseo están decoradas con un gusto y riqueza enteramente orientales. Se las ve circular empavadas y adornadas de farolillos de colores variados, en los lagos y en los ríos, y frecuentemente al ruido cadencioso de los remos se mezclan los cánticos de amor acompañados de una especie de guitarra cuyas cuerdas dan un sonido monótono y sordo, que, sin embargo, no deja de tener encanto ni poesía. Los viajeros que han

visitado el Japón no encuentran palabras bastantes para expresar el maravilloso efecto de las barcas sobre los grandes lagos, en una de esas hermosas noches templadas y perfumadas de aquella zona primaveral.

Los japoneses tienen toda la gravedad oriental, lo cual no les impide mostrarse aficionados á los placeres. Con los paseos en las barcas y el espectáculo de las luchas, el pueblo que nos ocupa encuentra su principal distracción en los teatros, cuyo número es considerable en las grandes ciudades del imperio.

Bajo el aspecto del arte dramático, los japoneses están incontestablemente más adelantados que los chinos, cuyas piezas, mezcladas de música, son verdaderos *pot-pourris* para los europeos. M. Augusto Haussman se expresa de este modo hablando de una representación á la cual asistió en Cantón:

«La representación no ofreció nada de particular, á no ser que el papel de la dama era ejecutado por un chino, bastante mal disfrazado de mujer, porque éstas no son admitidas en los *sing-song* (piezas chinas). El actor encargado de este papel tuvo durante toda la representación levantada en alto la mano derecha, en actitud demostrativa. ¿Era para expresar la amenaza, ó simplemente para conformarse á una regla del teatro chino? Eso es lo que no pudimos averiguar. La música se hacía oír á cortos intervalos, como en nuestros *vaudevilles*; los actores, más bien que recitar, cantaban su papel, y eso con una voz aguda y desagradable.»

No dice M. Haussmann qué instrumentos formaban el acompañamiento al canto. Pero probablemente serían el *King*, instrumento compuesto de piedras; el *Hiccen*, instrumento de tierra; el *Che*, especie de guitarra de siete cuerdas; el *Tchoughton*, formado de doce tablillas, y las tres especies de flautas clasificadas en el Celeste Imperio: el *yo*, el *ty* y el *tché*.

Yo, menos feliz que M. Haussmann, no he estado en Cantón, y sólo he oído un concierto de música china, dado por una compañía de chinos en New-York. Había entre estos artistas, decían, la Sontang de Pekín, una de las cantantes más renombradas en el Celeste Imperio por la flexibilidad de su voz, por su encanto y expresión en el arte dramático. No quise perder tan rara ocasión de aplaudir semejante espectáculo, y me fui al teatro Broadway, donde debía verificarse el concierto.

Figuraos, si podéis, unas voces de garganta vacilando entre dos ó tres notas, del efecto más extraño, lo menos musical y más risible del mundo, acompañadas por unas guitarras increíbles, por unos violines imposibles, que remedaban los gritos poco meliosos del cocodrilo, las notas del gruñido del elefante, los aullidos del chacal, del tigre de Bengala y del leopardo.

Hay en las grandes ciudades del Celeste Imperio profesores de tigre, que también dan lecciones de caimán; allí se enseña á tocar el rínceron como aquí se enseña á tocar el piano; y los solos de lagartos azules y verdes son muy del gusto de los *dilettanti* chinos de la escuela del porvenir, los cuales, por otra parte, hallan agradables al oído algunas fantasía smonstruosas.

Yo había visto ya en Londres esta terrible familia de instrumentos, y había tenido ocasión de hablar frecuentemente en New-York con un francés, primer premio del Conservatorio de música de París, el cual dió por algunos años lecciones de pescado amarillo en Macao.

Volviendo al concierto de los chinos que tuve el placer de oír en América, diré que, después de la incomparable cavatina cantada por la *prima donna* de la compañía, cavatina que había provocado en todo el salón risas descompasadas, tuve curiosidad de conocer el sentido de las palabras que acompañaban á tan sorprendente melodía. Pregunté al intérprete, que á su vez preguntó á la cantante. Esta era joven, inocente y tímida; fijó sus miradas en las mías, se ruborizó bajo su color de cobre, y dijo: «Esta es una canción de amor, en la que al fin el amante hace declaración de su ternura.»

Si los teatros en el Japón están mejor contruidos y son más vastos que los que los europeos han podido ver en China, y si la literatura dramática está allí más adelantada, no se sigue que la música lo esté igualmente ni sea más encantadora. Uno de sus instrumentos favoritos es el llamado *syamsia*, compuesto de tres cuerdas, dos de las cuales están acordadas á la octava y la otra á la dominante. Esta música les deleita y les embriaga, mientras, de seguro, no hallarían gran placer en oír nuestras mejores óperas.

Yo no sé si los embajadores japoneses que París ha tenido el honor de recibir son sensibles á la música de sus compatriotas; pero lo que sé es que se han mostrado indiferentes al oír en la ópera música bellísima. Y es que, en materia de arte, la educación entra por casi todo en el placer que experimentamos.

«¡Ah, decía con entusiasmo Mme. Sevigne, si en el cielo hay música, no puede ser otra que la música de Lullí!» Las partituras de este maestro son hoy cuidadosamente conservadas en las bibliotecas especiales, y si por casualidad hoy se presentase á examinarlas algún curioso, se ex-

pondría á que le dijese lo que á mí me dijo un día, en un caso semejante, un oficial de biblioteca: «Señor, es imposible; tiene demasiado polvo; ambos nos ensuciaríamos demasiado.»

Pero por poco que sea el valor absoluto de la música japonesa, no dejan ellos de considerar este arte como de origen divino. Para acompañar á los cantantes en el teatro, tienen una orquesta, compuesta de veintidós instrumentos, entre los cuales figura en primera línea el *syamsia*. Por éste pueden juzgarse los demás. Según las relaciones unánimes de los viajeros, los japoneses no conocen la armonía, y los instrumentos tocan siempre al unísono ó á la octava.

En cuanto á la melodía, es tan pobre de sentimientos y de ritmo, que ninguna música europea podría dar de ella una idea. Esto no impide que los japoneses escuchen con placer estático sus cantos por muchas horas seguidas. Se necesita que una joven sea de la más ínfima clase para que no sepa acompañar de una manera satisfactoria con la *syamsia* los cantos de amor, improvisados frecuentemente por los poetas.

Los ciegos son muy numerosos en el Japón, quiero decir, los ciegos verdaderos, porque los falsos que mendigan son innumerables. ¿Qué puede hacer un pobre ciego, lo mismo en Oriente que en Occidente, sino tocar una guitarra precedido de un perro?

Ellos forman compañías y orquestas que se dedican á dar solaz en casa de los grandes personajes, en los festines de la clase media, en todas las bodas, en las procesiones religiosas y en las fiestas nacionales. Las orquestas de los teatros japoneses están compuestas casi exclusivamente de ciegos, que sólo dejan un pesar al ser oídos: el de no ser sordos.

Casi todos los teatros en el Japón tienen tres órdenes de palcos, dispuestos de modo que permiten á las damas cambiar de tocado. Los trajes de los actores son generalmente muy ricos, y muy adelantado el arte de la decoración.

Para facilitar la inteligencia de las piezas puestas en escena, se distribuyen entre los concurrentes programas detallados con el nombre de los actores.

Al drama hablado, á la pantomima y á la música, se agrega el baile en ciertos teatros. Los bailes que allí se representan, pertenecen más particularmente al género de la pantomima, y las danzas que se ejecutan, toman mucho de las danzas orientales, en las cuales los pies permanecen inmóviles, mientras que los brazos y el cuerpo se mueven cada vez con más viveza, ofreciendo á los ojos toda suerte de posturas graciosas ó extrañas.

En los salones particulares donde no se juega á las cartas ni á los dados, juegos prohibidos por la policía japonesa, los convidados se recrean representando comedias mezcladas de canto y bailando ciertas danzas características del país. Otros se dedican á la partida de *lho ho yé*, que tiene grandes puntos de semejanza con el juego de ajedrez. El *lho ho yé*, que se llama el noble juego, se juega entre dos con cuarenta piezas, veinte de cada parte, sobre un tablero de ochenta y una casillas. Este tablero es de un solo color, como igualmente las piezas.

Las piezas conquistadas no se echan á un lado, como en el ajedrez; no se quitan del tablero, y sirven en el juego del que las ha ganado para luchar contra el que las ha perdido. Son de diferentes tamaños, y terminan todas por una punta en forma de cabeza inclinada hacia adelante, la cual siempre debe dar frente al adversario. Además, cada pieza lleva su nombre escrito, y como en el ajedrez el rey, *Oho-Shio*, no puede quedar en jaque, y si queda, el juego se da por perdido.

Pero el entretenimiento más original en el Japón es el que acostumbra tener los convidados en las casas particulares, oyendo contar chismes y murmuraciones escandalosas á los hombres que de profesión se dedican á ello. Estos artistas de nuevo género, averiguan todas las historietas escandalosas de la ciudad y van á contarlas á domicilio, mediante una suma determinada. La señora de la casa donde se recibe haría mezquinamente las cosas, si á las representaciones dramáticas, á la danza y al refresco, no añadiese algunos de estos chismosos para distraer á sus convidados.

Naturalmente, los más espirituales de estos buhoneros, son los más buscados, y por consiguiente, los pagados con más generosidad. Por lo demás, esta profesión no tiene nada de degradante, y aun es considerada como un ramo de arte apreciado y recompensado su mérito. ¡Lástima que el Japón no esté abierto á los europeos! Muchos que aquí viven de cualquier modo harían allí gran negocio.

Lo más curioso es que estos artistas son en el Japón al mismo tiempo los maestros de la etiqueta. Cuentan, por ejemplo, con toda la malicia apetezible, las ternuras de D. Fulano con la señorita H..., y bruscamente se interrumpen para recordar el ceremonial á alguna de los oyentes que lo haya olvidado.

El explotador de escándalos suspende su relación para decir á alguno:

—Señor, no se ponga Ud. los dedos en la nariz.

O bien:

—Señora, vuestro abanico no está colocado se-

gún las reglas de la estricta etiqueta japonesa, la cual exige que el abanico de una mujer de buen tono descansa en el lado derecho de la cintura, teniendo levantada la manga.

Con frecuencia son llamados estos narradores de escándalos al lado de los enfermos á fin de distraerles en la convalecencia.

Como todo es contraste en este mundo, donde la locura escolta siempre á la razón, después del placer de oír á esos chismosos, no experimentan otro mayor los japoneses que el de las lecturas variadas é instructivas. Llevan el gusto de la lectura hasta la pasión, y á creer á algunos viajeros, la biblioteca de Yeddo sería una de las más bellas del mundo entero. A más de los libros escritos en el Japón, dicen que en esta biblioteca existen traducciones de las obras más notables de la literatura europea, sin exceptuar nuestros libros sobre la historia, sobre las ciencias y las bellas artes.

Se ven con frecuencia, durante la estación de verano, grupos de hombres y mujeres sentados á orillas de los arroyuelos, ó en ciertos parajes de los paseos públicos, escuchar la lectura que hace en alta voz alguno de la reunión. Otras veces se les ve solos y aislados leyendo con una atención rara entre los lectores europeos, para los que á menudo el libro ó el periódico es sólo un pasatiempo.

Ahora bien: ¿las facultades literarias de los japoneses están al nivel del gusto que profesan por las letras? A esto no podemos responder, porque si ellos conocen nuestros escritores, nosotros no conocemos los suyos. Es verdad que algunos viajeros se han creído, por los análisis que les han hecho en el mismo país, competentes para juzgar de la literatura japonesa, y la han hallado estúpida; mas es preciso desconfiar de semejantes juicios.

A más de que para juzgar completamente del mérito de un libro de literatura, es menester saber leerlo en la lengua en que su autor le ha escrito, importa también conocer los hábitos y costumbres que en él se pintan; pues que la observación de los caracteres forma uno de los principales méritos del escritor. Estoy seguro de que las comedias de Molière carecen de gracia para los japoneses, cuya sociedad no presenta sin duda los ridículos de la sociedad de Luis XVI, tan admirablemente puesta en escena por el inmortal cómico.

Entre los espectáculos de segundo orden más en furor en el Japón, están los ejercicios de los juglares. A tal grado de perfección se ha llevado este arte en aquella parte del Oriente, que bien pudiera colocársele en el número de las bellas artes.

Un oficial de la expedición americana en el Japón nos da á conocer ciertos ejercicios ejecutados por un juglar del país, que son ciertamente cuanto se puede desear en este género.

«Este juglar, dice, toma un trompo, lo arroja al aire, lo recibe sobre la mano, y lo coloca, sin parar de girar, sobre el filo de la hoja de un sable bajando y subiéndolo la punta de éste alternativamente para dejar correr el trompo de uno á otro extremo del sable.

»El segundo ejercicio era todavía más extraordinario. Arregla su trompo, lo tira al aire, y agitando al punto la cuerda de modo que uno de sus extremos tocaba al trompo, vióse que éste se enrolló sin tocar el suelo, y vino á apagarse en su mano. Esta operación, hecha en un abrir y cerrar de ojos, nos sorprendió á todos. El juglar la renovó muchas veces, y siempre con el mejor éxito.

»Un tercer ejercicio permitió al juglar desplegar una gracia original. Cogió dos mariposas cortadas de papel, las lanzó al aire y las mantuvo revoloteando con ayuda de su abanico. Como palomas verdaderas, volaban aquí y allí á su alrededor con movimientos contrarios cada una, por más que él no hiciese aire mas que con un solo abanico. El juglar parecía abanicarse sin cuidarse de sus mariposas. La ilusión era completa. Habiendo anunciado que podía dirigir las adonde él quisiera, uno de los espectadores pidió que las hiciese posar cada una sobre una de sus orejas. Por medio de algunas ondulaciones del abanico, las dos palomas de papel, después de haber revoloteado unos diez segundos como verdaderas mariposas alrededor de una flor, vinieron á fijarse cada una sobre una de las orejas del artista.»

Nosotros no tenemos nada en Europa que pueda dar idea de semejante destreza.

En el Japón, como en casi todas partes, la caza es uno de los placeres de la clase acomodada de la sociedad. La caza del halcón era, á lo que parece, muy frecuentada en otro tiempo en el imperio del Este; pero hoy está allí casi abandonada. La caza del tigre es el placer peligroso que forma las delicias de la nobleza japonesa, muy sensible también á los placeres de la equitación.

Sus caballos son de pequeña talla y los tratan con extremo cuidado. La etiqueta, que se extiende desde los hombres á los caballos en este país de la etiqueta, dicta reglas para limpiarlos, para darles de comer y de beber, para echarles la silla y arrearlos. Las cuadras están con frecuencia tan limpias, y son tan elegantes, como ciertos salones, recibiendo allí los caballos el mismo trato

que los cónsules bajo el reinado del loco Heliogábalo.

Para los aficionados á la equitación, entraremos aquí en algunos detalles.

El caballo en el Japón no está errado; lleva á manera de herraduras unos esportillos de paja tejidos, atados por medio de cuerdas á lo largo de sus piernas. Se comprende que el caballo desgaste bien pronto sus esportillos: así, el primer cuidado de todo el que emprende un viaje, es proveerse de ellos, si bien en todos los caminos se ven multitud de chicos que los venden. La silla no es de cuero, sino de madera de forma muy sencilla y reposando sobre un almohadón para preservar el caballo. Sobre la grupa se extiende un paño, que lleva bordadas las armas del dueño, y á cada lado de la silla pende una manta que se arrolla bajo el vientre del caballo á fin de preservarle del lodo.

Los japoneses tienen una singular manera de ponerse en la silla: montan por la cola del caballo. De esta manera pretenden honrar al caballo que á sus ojos se vería deshonrado si se montase á la europea. Para montar de tan extraño modo, necesitan suma agilidad, y así los viejos tienen gran trabajo en ponerse á caballo.

M. CONSTANT.

(Continuará.)

¡ACUÉRDATE DE MÍ!

(EN EL ABANICO DE LA SEÑORITA DOÑA F. R.)

Cuando impulsado por mi cruel destino,
de tu lado me obliguen á partir,
y allá lejos, muy lejos, me halle solo...

¿te acordarás de mí?

Cuando mires el mar, do se retrata
el sol que va á ocultarse en el zenit,
y escuches el murmullo de sus olas...

¿te acordarás de mí?

Cuando cruces aquellos verdes prados,
que contigo mil veces recorri;
cuando veas volar las mariposas...

¿te acordarás de mí?

Y, por fin, si otro hombre te dirige
palabras de amoroso frenesí,
piensa bien que te adoro y no te olvido;
¡acuérdate de mí!

JAVIER LUCEÑO.

Junio, 1892.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

¡Por el amor de Dios!—Nuestro grabado es una reproducción del hermoso cuadro de M. Bourguereau, que representa á dos infelices mendigas implorando la caridad pública de puerta en puerta.

A través del bosque.—Siempre será grandiosa é imponente la inmutable severidad de la naturaleza, ya se presente en gigantescas y nevadas montañas, en vastas extensiones desiertas ó bien en terrenos quebrados.

Pero lo que más exalta la vivaz fantasía del hombre son esos bosques y selvas llenos de misteriosos rumores, y cuyos corpulentos árboles, envueltos en las sombras de la noche, semejan seres fantásticos que se mueven y gesticulan como si quisieran asirnos con sus nudosas ramas.

Quien haya atravesado un bosque á esas horas, habrá experimentado esas íntimas y vagas sensaciones que en vano tratáramos de expresar con palabras.

La siesta.—Cansada de vagar por el jardín, ha bajado esa gentil dama los escalones del rústico embarcadero, y, á la sombra de los árboles, bien recostada y tendida en la frágil embarcación y apoyada en el blando almohadón de plumas, duerme arrullada por el susurro de las hojas y de la corriente del río, respirando un aire fresco y puro.

¡Dichosa ella! ¡quién pudiera hacer otro tanto!

Monumento sepulcral de Cristóbal Colón para la Catedral de la Habana.—Respecto á este notable proyecto del excelente artista D. Arturo Mérida, escribe muy oportunamente el Sr. Rada y Delgado, autoridad indiscutible en cuestiones de arte:

«Felicísimo y digno de todo género de alabanzas fué el acuerdo del Gobierno español de levantar en la Catedral de la Habana un monumento funerario donde encontrasen permanente reposo los restos del genio inmortal que, auxiliado por los españoles, descubrió con la persistente intuición, hija de la superioridad de su inteligencia, la constancia de su estudio y la inquebrantable firmeza de su voluntad, un Nuevo Mundo.

Concedido por el art. 20 de la ley de Presupuestos de la isla de Cuba de 18 de Junio de 1890 un crédito permanente de 100.000 pesos para auxiliar los gastos que originase la construcción de dicho monumento funerario y la creación en la misma ciudad de otro conmemorativo del Descubrimiento de América, abrióse concurso entre artistas españoles para uno y otro; y habiéndose presentado diversos proyectos, la Academia de San Fernando, nombrada por el Sr. Ministro de Ultramar para juzgarlos, adjudicó el premio del primero á D. Arturo Mérida.»

De la descripción de este monumento transcribiremos la misma que hace su autor:

«Está inspirado el basamento en los templos aztecas, como símbolo del suelo americano en que se erige el monumento, y sobre él cuatro heraldos, representando los cuatro reinos que entonces formaban la Monarquía española, sustentan el fétetro destinado á guardar los restos de Colón; en primer término, Castilla y León, ostentando trofeos y en actitud de legítimo

orgullo por su triunfo; en segundo lugar, Aragón y Navarra, que si no tomaron parte en la gloria, vienen á tomarla en el duelo.

Los motivos heráldicos que ornán las vestiduras de los cuatro Reyes de Armas dicen bien claro cuál es la representación de cada uno, y sólo merecen especial mención el trofeo naval que ostenta Castilla para consignar que á ella pertenecía el puerto de donde partió la expedición y el recuerdo del nombre de la nao capitana.

León sostiene el símbolo de la Reconquista, que empezó en Covadonga y concluyó en Granada.

Sobre el plinto, los hierros con que amarró á Colón la envidia de algunos de sus contemporáneos desaparecen bajo los laureles que hoy deposita España en su sepulcro con la palma del martirio.

Más vale reconocerlo noblemente que aguardar á lo que digan los extranjeros.»

La nao «Santa María». —Insertamos la copia exacta de la nao *Santa María*, que en estos días últimos, acompañada de los acorazados extranjeros y españoles, ha recorrido las mismas aguas que hace cuatrocientos años vieron á Cristóbal Colón darse á la vela en busca de las Indias Occidentales, cuyo hecho determinó el descubrimiento de América.

La nao es una reconstitución hipotética de la del siglo XV, debida al ilustre y sabio artista Sr. Monleón, y que fué aprobada por la comisión técnica oficial nombrada al efecto por el señor Ministro de Marina el mes de Noviembre de 1891.

Medalla conmemorativa.—La que representa nuestro grabado es obra del excelente artista D. Francisco de Asís López, y ha sido premiada con *accésit* por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Representa en el anverso el busto de Colón y en el reverso una barca guiada por la Fé é impulsada por la Esperanza, sobre la que abre el vuelo la Victoria; á lo lejos se divisa la tierra anhelada.

Es una obra de arte digna del objeto á que se la destina, que es el de conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Hombres ilustres de América.—Respondiendo á invitaciones que les hemos hecho, nuestros corresponsales del otro lado del Atlántico nos remiten, para su publicación en esta *Revista*, los retratos en grabados de los Sres. Herrera y Obes y Oscar Herdeñana, hombres importantes de la República Oriental del Uruguay.

El primero de dichos señores, padre del Presidente de la República, ha sido varias veces ministro de Estado, cumplido y perfecto caballero, prototipo del alto funcionario, honrado é inteligente, que consagró toda su larga vida al servicio de su patria y falleció en edad avanzada, querido y admirado de todos sus conciudadanos, sin excluir á sus adversarios políticos.

El segundo, Sr. Herdeñana, es persona á la que, por sus grandes cualidades y conocimientos de la política internacional, se le considera como secretario perpetuo é irremplazable del Ministerio de Estado, cargo que viene desempeñando con notable acierto y desde hace muchos años con varios Gobiernos y diferentes Presidentes de la República.

También ha ocupado altos puestos diplomáticos en las principales capitales de Europa, y su gobierno le ha confiado repetidas veces multitud de comisiones diplomáticas de gran importancia.

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

La casa del Sr. Fe ha puesto á la venta un nuevo libro del eminente poeta Campoamor, titulado *Nuevos poemas, doloras y humoradas*.

Es un precioso volumen que contiene los poemas *¿Qué bueno es Dios!*, *El poder de la ilusión*, *El amor de las madres* y *El confesor confesado*, varias doloras y setenta y cinco humoradas.

Inútil es decir el mérito de estas composiciones, su chispeante gracia, el ingenio y la intención que encierran; el poeta es conocido de todo el mundo y su nombre es la mejor recomendación del libro.

En otro lugar de este número insertamos uno de los bellísimos poemas que contiene.

ADVERTENCIAS

Á NUESTROS ABONADOS.—Á causa de los rigores de la estación nos vemos precisados á suspender por unos números la estampación de las fototipias.

En breve reanudaremos la publicación de éstas, en la misma forma que antes.

Ponemos en conocimiento de los señores anunciantes de esta *REVISTA*, que el Sr. D. Francisco de Paula Alderete ha cesado en absoluto como comisionado de esta Casa, y no se atenderán las reclamaciones que vengan en su nombre.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta *REVISTA*, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la *ESPAÑA Y AMÉRICA* no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RIOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCIÓN DEL DOCTOR FORT

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación y otro acerca de la Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

En
publicación.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un rey de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juriscónsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanagues, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candélas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.